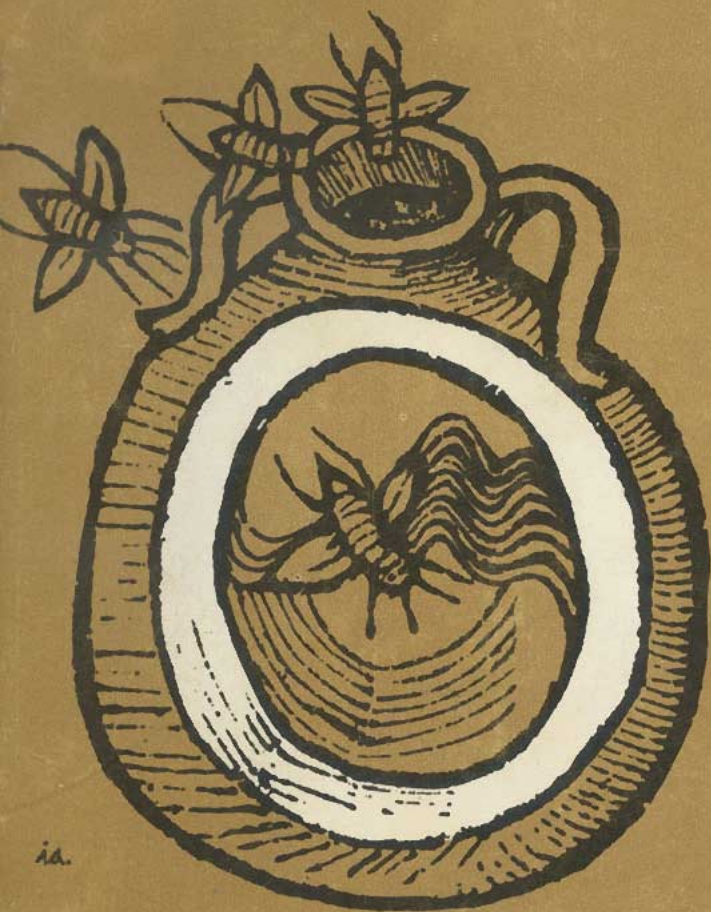


ISTIAN
NEEUS

LA CASA N ALGARROBO

ORIAL
AMERICANA



LA CASA EN ALGARROBO

CRISTIÁN HUNEEUS

LA CASA EN ALGARROBO

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Control

PRINTED IN ARGENTINA
IMPRESO EN LA ARGENTINA
*Queda hecho el depósito que previe-
ne la ley 11.723. © 1968, Editorial
Sudamericana Sociedad Anónima, ca-
lle Humberto 1º 545, Buenos Aires.*

A Tony y Lesley

DON PATRICIO

Don Benito y Patricio cabalgaban de regreso a *La Purísima* por la angosta faja de tierra entre el pavimento y la pirca de *San José*. El tráfico de buses y camiones era denso; caldeaba el sol de mediodía, y Patricio venía medio adormecido.

—Hace calor, don Beno.

El tintineo de espuelas se apagó en los ijares del caballo del capataz, y el joven, que abría la marcha, cortó riendas. Don Benito no logró alcanzarlo: un bus y luego otro pasaron como exhalaciones, encabritando las cabalgaduras. Patricio perdió los estribos, pero evitó caer echando mano a la silla. Se escucharon burlas en la puerta de un restaurante vecino. Giró al segundo la cabeza. Don Benito traía mortal seriedad.

—¿Pasó algo?

—Nada —dijo el capataz, llegando hasta él con rapidez.

—Aniñados los jetones. . .

—Como si el camino no estuviera así de niños y de gente —murmuró don Benito—. Cada día hay más desgracias. ¡Pero como a los choferes los defiende la empresa!

—Los ociosos esos del restaurante, quiero decir.

El capataz eludió la mirada de Patricio. Su barba de algunos días chispeó brevemente. Luego dijo:

—Humm, calor hace ¿no?

De manera que don Benito se desentendía. Ortigado por el eco de las burlas, Patricio empinóse en los estribos y miró atrás, entrecerrando los párpados: quiso grabar en su mente una imagen de los burlones a la puerta del ya distante restaurante, inmóviles bajo el sol. Sin duda rehuían la posibilidad de un altercado, pues al divisarlo vuelto hacia ellos se aunaron, como para hablarse de asuntos indiferentes. Sonrió, con cierta sorna, al ceñudo don Benito. En seguida se preguntó si no estarían, acaso, tramando algo.

Prosiguieron mudos, estrechados al cerco de piedra y calmando el caracoleo de sus bestias.

Ranchos a mal traer se alineaban junto a pozas de agua estancada, avisos de *Aliviol* y *Mejoral* para el dolor de cabeza, trazados en pintura a lo ancho de los muros. Las zarzas medraban en los potreros, tapando las acequias y cegando los caminos interiores. Ya era entrada la época de cosechas, pero los trigos eran dejados pudrir.

Un camionejo con altavoces asomó por el camino tras una carretela. "Hoy, mañana y el domingo" —anunciaba, lleno de vigor— "velada artística en el gran circo gran, grandes atracciones..." Niños a pie pelado lo escoltaban en su lenta marcha, y mujeres gordas salían con algazara de los ranchos. "El tony Papagayo, Edith y Sonia, las trapecistas célebres de Francia..."

La curiosidad ambiente ensombrecía al fijarse en la pareja de jinetes, y Patricio observó que don Benito guiaba con delicadeza en medio de los espectadores, cada vez más numerosos.

—¿Se ha metido para adentro, don Beno?

—Ahora último no, patrón.

—¡No podría estar peor!

No era el comentario para el momento y don Benito continuó absorto en el trenzado de sus riendas.

Sobrepasando un corro de curiosos, propuso repentinamente:

—¿Un trotecito, don Patricio?

—¿Qué?

—Un trotecito.

—Pero si estamos al lado...

—Queda su buen poco todavía —y sin esperar respuesta, el hombre clavó espuelas.

Patricio lo imitó. Vestía blue-jeans, montaba en silla inglesa y halló absurdo ir flectando las rodillas para llevar el compás del trote: don Benito, vestido de huaso, pero con zapatos de tacones bajos y sombrero de calle, trotaba sin despegar de la montura. Patricio imprimió galope corto a su caballo.

Un camión cargado de piedras se arrastraba dando bocinazos junto al canal de aguas servidas, orillado de hinojos y cicuta.

En el triángulo de álamos —límite entre *San José* y *La Purísima*—, la cinta de tierra ganaba anchura y pudieron marchar aparejados. Don Benito cogió el paso, quitóse el sombrero y se enjugó la frente.

Un largo cerco de pinos cerraba pequeñas casas blancas resplandecientes al sol. Manchas de musgo seco doraban las tejas.

Unos perros saltaron de pronto por un portillo del cerco y cayeron ladrando encima de las patas de los caballos.

—¡Callarse, caramba! —ordenó don Benito, la penca en el aire, firme la voz.

Toda su persona pareció relajarse, liberada por el

grito. Ofreció cigarrillos a Patricio y se tornó efusivo. El muchacho decidió no pensar más en los gañanes del restaurante y sugirió ir el domingo al circo. Discutieron después las cosechas de fruta.

Quedó atrás la escuela, pintada de rojo. Patricio había pedido a su padre que la hiciera pintar de rojo, para destacarla de las viviendas contiguas y porque así las composiciones abstractas con que pensaba decorarla combinarían mejor (pero luego resolvió que carecía de sentido imponerse a los campesinos, y abandonó el proyecto).

Al comienzo del parque, una avenida de castaños conducía a la capilla, pintada de rojo como la escuela (mas no por idea suya, sino de sus hermanas: él no habría puesto a la capilla el mismo color que a la escuela).

En la puerta de fierro labrado, Patricio desmontó, dejando el caballo con don Benito. Cargando el hombro contra una hoja de la puerta, la hizo moverse pesadamente. Lo detuvo la voz del capataz.

—Oiga, don Patricio... —el sombrero echado hacia adelante, el ala tapando casi los ojos, la mano rascando la nuca— oiga, digo yo, el domingo, usted sabe, el fundo juega fútbol contra *San José*. Nos la tienen jurada, oí decir, y esos son gallos bravos. Le vienen con maromas a los niños de aquí y los embravecen también. Digo yo, ¿no sería bueno pedirle al patrón que suspenda la partida?

—Ahí veremos —dijo Patricio, intranquilo—, ahí veremos —y concluyó de abrir la puerta. Luego dio un empujón para hacerla cerrar. Un poste blanco con una flecha al tope, puesto allí en el tiempo de sus abuelos, apuntaba al brazo derecho de la ronda de acceso a las casas. Nadie en la familia jamás usó el izquierdo para

entrar, e incluso los visitantes se atenían a la flecha: el izquierdo era el camino de salida, y por ahí tomó el muchacho, bajo la sombra de los viejos tilos y junto a la viña nueva.

La ronda circundaba un óvalo sembrado de trébol, al centro del cual alzábase un pino frondoso, todavía con las plataformas y casuchas que le construyera en su infancia Ismael, uno de los once hijos de don Benito.

Apareció luego, bajo espesa trama de yedra, la casona de ladrillo, como extraño árbol obligado a asumir formas geométricas. A los pies del torreón se extendía la terraza. Frente a ella sus hermanas jugaban badminton en traje de baño, y cada vez que perdían un punto reían con cierta histeria de adolescentes.

—¡Patricio, juega por mí que estoy cansada! —saludó Eliana.

—Más rato, mujer, sigue tú.

—Hola —dijo su madre—, la señorita Eufemia está aquí.

Patricio fue a saludar a la profesora de la escuela, y se dejó caer en una silla de lona, sirviéndose un martini sin ganas de participar en la conversación. Dio la cara al sol, y lo encegueció un resplandor blanco en lugar del cielo.

La profesora, pequeña como una laucha, hablaba con ansiedad.

—Fíjese usted, señora Claudia, ¡quién lo diría!

—Qué cosa, señorita Eufemia, qué cosa tan terrible.

Los ojos claros de su madre iban del rostro tenso de la señorita Eufemia al tejido en sus manos, con una distraída expresión de ironía. Parpadeando apenas, quiso envolver a Patricio en ella. El muchacho estiró las piernas, y contempló el juego de sus hermanas.

Plic, plic, ploc, plic, sonaba la plumilla al ritmo de los cuerpos espontáneos. Otra cosa era cuando bailaban en las fiestas. Una noche Gonzalo le contó que después de bailar varios blues con Pamela se le había acalambrado el brazo derecho. Alguien les tendría que quitar el miedo.

—Ya —dijo entonces—, ahora juego, ¿quién sale?

Saltó al pasto y se sacó la camisa, lleno de energía.

Pamela, y no Eliana, se declaró cansada; Patricio tiró algunos palmetazos al aire, mientras le llegaban ráfagas de la conversación en la terraza.

—Usted no lo creerá, señora Claudia, pero las Silva me tienen tan mala voluntad, viera usted. Me indispusieron con el Padre Astudillo y si pudieran me indispondrían con todo el mundo. No se saben comportar, señora, eso es lo que pasa. No tienen clase...

—¿Sabes, Eliana? ¡Voy a hacer pintar de nuevo la capiiiilla!

—Noo.

—Noo, ¡ya saliste otra vez!

—No —protestó Pamela, una toalla amarilla suspendida de su brazo.

—Ya saliiiste de nuevo, hereje. —Plic, ploc, plic. Patricio perdió la plumilla. Al inclinarse a recogerla, le rozó la tibia y húmeda fragancia del pasto.

—¿Qué pasa, Pamelita?

—Cosas de Patricio, que se nos ha puesto come-frailles, señorita Eufemia.

—Ay, por Dios. Claro que está en la edad, también. Todos, Pamelita, todos los muchachos de dieciocho se ponen así. Con tal que no le dure, ¿verdad, señora Claudia?

—Hmm ¿otro trago, señorita Eufemia? ¿Pamela?... ¿por qué no van a bañarse?

Patricio corría ya a la piscina, llamando a sus hermanas.

Pamela llegó diciendo:

—La mamá te encuentra hereje, oye, igual que nosotras, pero siempre te defiende. No entiendo, me da rabia.

Sin dejarla continuar, Patricio la hizo caer al agua. Luego cogió a Eliana por la cintura y, antes de que se le escurriese, se lanzó con ella a la piscina. Las hundió una y otra vez, ahogando sus chillidos escandalizados.

—Bestia, bruto, que no tengo gorra.

Nadó bajo el agua, con los ojos abiertos. Círculos de luz oscilaban sobre el fondo, y las piernas de Eliana y Pamela abrían burbujas en la superficie verde. Salió a flote. Sus hermanas escaparon, riendo. Don Benito pasaba a caballo por el camino interior más allá de los nogales, en una de sus diarias rondas a los potreros. Patricio volvió a zambullirse, lleno de inquietud: don Benito había sentido miedo en la mañana, al cabalgar frente a *San José*.

—¿Sabes, Patricio? La Rosa tiene un pololo.

La Rosa servía el almuerzo en su delantal a cuadritos azules. Primero a la madre. Luego al padre, a cuya izquierda había un puesto vacío. En seguida a las hermanas, pues este verano se les había empezado a reconocer su calidad de señoritas —se habían hecho comprar corpiños con relleno para abultar sus pechos apenas florecidos— y Patricio, el mayor, quedaba para el final.

—Tiene un pololo —insistió Eliana al oído de Patricio—. Anoche los vi besándose en el camino de los acacios. Pero no pude saber quién era.

La Rosa miraba a los jóvenes de reojo, sospechándose el objeto de los secreteos.

Patricio le observaba el lunar del antebrazo desnudo, la curva del vientre.

Su padre, facciones delgadas y rubia melena, notó el puesto vacío a su izquierda.

—¿A quién más esperábamos?

—Pensé que la señorita Eufemia... —comenzó la Rosa.

—Ay, no —exclamó la madre—, por suerte no se quedó. Me tenía mareada, qué mujer tan latera.

—Una lástima, tengo algunas cosas que proponerle para la escuela. No la tomes tan en serio, Claudia, es una buena mujer.

Ella buscó envolver al hijo de nuevo. Pero Patricio seguía abstraído en los expertos movimientos de la Rosa.

—Mi hijo está muy serio y callado hoy día —dijo la madre, algo agraviada.

Patricio reaccionó.

—Esta mañana fuimos con don Benito a ver los arados en venta —dijo, vuelto hacia su padre.

—¿Qué tales?

—Un ensarte. Se van a acachar con ellos.

—Me los suponía malos.

Patricio asintió.

—Como sea, valía la pena salir de dudas. ¿Y qué tal el paseo?

—Hacía un calor de los demonios. —Vaciló un momento, pensativo. Luego agregó—: Pasamos frente a *San José*. ¡Qué fundo tan mal trabajado!

—Bueno, eso es para que vayas viendo. Es el problema de los fundos arrendados. Si alguien trabaja tierra

que no es propia, la explota — en el sentido socialista de la palabra —intercaló, riendo—. Es muy distinto programar ganancias a corto plazo y programarlas para una vida entera. Los arrendatarios jamás invierten en mejoras. Destrozan los fundos arrendados en cuestión de meses.

—Claro —dijo Patricio, complacido de que su padre le hablara in extenso, pero pensando que aquella era nada más que una de las caras del asunto—. Por eso es que hay tanta diferencia entre *San José* y esto. Pero *San José* se halla en un estado deplorable. ¡Cómo vive esa gente! Es aplastante.

—Verdad —dijo su madre—, verdad, es pavoroso, ¿no?

—No hables en ese tono. Me irrita que hables en ese tono, no entiendes, no sabes lo que vi.

—¿Qué viste, hijo, por Dios?

—¿Qué fue lo que viste? Dínos, no te hagas el misterioso.

—Nada, nada. La pobreza únicamente, la pobreza fue lo que vi.

—Ah, bueno —dijo la madre, tranquilizada—, eso lo has visto tantas veces, ¿por qué ahora te extraña tanto?

—Conoces tu país bastante bien —dijo el padre—, no puedes venir ahora con que la pobreza es tu último descubrimiento. No te niego que es un problema, especialmente en los fundos arrendados, pero es mucho peor, como te consta, en las ciudades.

—¿Nada más que en los fundos arrendados? ¿Y todos esos que he visto en el sur, trabajados por sus dueños?

—Te estoy diciendo, Patricio, que no es sólo problema de los fundos arrendados. ¿O no me oyes?

—Podrías hacer algo para remediarla, ya que te preocupa tanto, ¿no les parece niñitas?

—Sí, en lugar de reírse de nosotras porque damos

clases de catecismo y tratamos de enseñar a los niños pobres que Dios existe, oye; *tú* debieras aprender que Dios existe.

—No —dijo Pamela— no, hermana, no le toques ese punto a mi hermano. “Dios es la más patética de las invenciones humanas. He dicho.” Patricio quiere entrar al Partido Comunista.

—Eso; mi hijo, tan buenmózo y elegante, quiere ir a revolversse con los rotos. Eso te vendría bien, conocerlos de cerca, a ver si te gustarían tanto, ¡huelen mal, ponen bombas!

—Bueno, bueno —dijo el padre—. A los dieciocho años todos hemos querido poner bombas. No te olvides que a su edad yo también fui un poco revolucionario.

—Mira, Patricio —dijo la madre, dominando su irritación y adoptando una voz suave— dime antes de que sigamos discutiendo: ¿vas a usar el auto esta noche para ir al baile en Pirque?

El aire quemando en su piel, Patricio vio el reflejo de su rostro, encendido como un camarón, en el espejo de la contigua sala de billar.

—Sí —estalló—. Lo voy a usar. —Y levantándose de la mesa, salió hacia la cocina.

Los últimos arreboles flotaban sobre el poniente, y los árboles del parque desprendían bocanadas de aire fresco.

Patricio se había sentado en el antepecho de la ventana. La Cordillera cargaba de negro su color violeta pálido y por el camino al establo se alejaba la Rosa, echando miradas furtivas a las casas.

Si se dirigía al camino de los acacios tendría que llegar hasta cerca del establo y, para impedir que la

viesen los peones reunidos allí a esa hora, tomar por la plantación de duraznos, por la de cerezos pasado el bosquecillo de eucaliptos, seguir hasta la pirca paralela al camino de los acacios —deslinde norte del fundo—, saltar la pirca, cosa fácil, y allí estaría el pololo aguardándola.

La Rosa había inspirado sus primeras erecciones, y mentalmente la unía a Ismael, inspirador de sus juegos infantiles. Pero Ismael ya no servía para nada, y la Rosa habría escogido a alguien mejor. El pololo debía ser algún desconocido.

Cuando Patricio llegó a la pirca no vio ni sombras de la pareja, y se sentó a fumar bajo un acacio, con cierta decepción.

Al frente, un cerco de zarzas ocultaba la serie de parcelas que antiguamente pertenecieran a *La Purísima*. Sus dueños actuales eran gente de relativo acomodo, empleados de la ciudad que nada sabían de cultivos agrícolas.

Si bien bastaba saltar la pirca para meterse a *La Purísima* a robar fruta, rara vez ocurrían incidentes por ese lado. Otra cosa era el deslinde de *San José*. Allí había una alta alambrada y además una acequia de considerable ancho. No obstante, el rondín nocturno tenía poco descanso en los meses de verano. Noche a noche se oían con intervalos frecuentes los disparos de su escopeta, pero cada mañana se volvía a comprobar lo inefectivo de la vigilancia: las pérdidas de fruta eran subidas y su padre presentaba constantes reclamos a los arrendatarios.

Tiró lejos la cola de su cigarrillo. El atardecer serenaba el campo, no haciendo sino agitar sus impresiones del día. Ya no le ardía el incidente de la mañana, pero

sí la discusión del almuerzo. Caminó rumbo a las casas, llevando una amarga ansiedad en el pecho. Al cabo se detuvo y fue al deslinde de *San José*.

Siguió con ojos melancólicos unas nubes blancas que se retiraban hacia la Cordillera, como despertando las primeras estrellas en el cielo azul profundo.

Alcanzó la acequia y la alambrada, y avanzó bajo unos sauces. Viendo al otro lado, en *San José*, un rancho de cañas, se acercó lo más que pudo, pisando con cautela en las champas llenas de raicillas rojas, y se ocultó a mirar tras una cortina de ramas.

Una campesina de formas opulentas pelaba papas inclinada sobre una olla negra puesta al fuego. La corriente de la acequia impedíale oír el hervir de la olla y trató de imaginarlo. Un rapaz vestido en una breve camisa, nalgas y pequeño pájaro y piernas al aire, batallaba por enrollar un trompo. Sus manos regordetas se movían lentas, la izquierda afirmando la cabeza del trompo, la derecha poniendo la lienza. Cubría la púa y, con placer en el rostro, un tercio del cuerpo. Tiraba demasiado y el pequeño cono de cordel resbalaba hasta quedar colgando de la púa. A comenzar de nuevo, con la nariz fruncida. Ahora enrollaba hasta tres cuartos del trompo y, por no tirar, la lienza flojamente volvía a venirse abajo.

—A ver, moledera, pásame eso.

La madre se limpió las manos en la falda y alargó un brazo. Se lo examinó un instante, y atrajo al niño hacia sí.

—No puedo enrollarlo, estoy más tonto hoy día.

La mujer comenzó rápidamente y fracasó repetidas veces. Entonces dijo:

—Si estuviera el Mauro aquí, él nos diría cómo hacerlo.

Patricio reparó en el nombre: "Mauro"; tenía una grata musicalidad.

—Anda a asomarte al potrero a ver si viene el Mauro. El niño retornó y la madre lidiaba todavía con la lienza.

—Así, así, mamá, ya va saliendo.

Cuando ella al fin le pasó el trompo enrollado, el niño brincó de gusto. Lo cogió amorosamente.

—Dale —dijo ella—, con fuerza.

El trompo salió como una piedra y rodó algunos metros de costado. Chocó contra un poste de la alambrada, e inexplicablemente bailó unos instantes sobre la púa.

Patricio se alejó, contento y todavía con ganas de vagar.

Ismael, solo en el "club" (la pieza en las construcciones de la llavería que el padre de Patricio destinara para la distracción de los peones del fundo), y doblado sobre la mesa de ping-pong, hojeaba ejemplares viejos de la revista *Estadio*. Se incorporó al entrar Patricio.

—Buenas noches, patrón.

—Hola, Ismael, qué me cuentas.

—Viviendo para no morir —respondió el muchacho, doblándose otra vez sobre la mesa y quedando inmóvil.

Patricio se dio vueltas por el cuarto. Ismael adivinaba sus movimientos sin necesidad de verlos. Patricio cogió una silla, y se sentó a horcajadas.

—¿No ha venido nadie?

—Hace rato vinieron varios, con visitas.

—¿Visitas nuevas?

—No. Esos del pueblo que vienen siempre.

"Los del pueblo que venían siempre" eran los parti-

darios de la lista socialista al municipio. Se preguntó qué diría su padre si supiera que buscaban votos en su propio fundo.

—¿Por quién vas a votar, al fin?

—Por el candidato del patrón —dijo Ismael sin titubeos—. No como usted.

Patricio rió con ganas. —Yo todavía no tengo derecho a voto. Pero si tuviera... Los papeles están cambiados, ¿no te parece?

Ismael agachó la cabeza. Su rostro delgado y oliváceo quedó en sombras.

—¿Una partidita de dominó?

—Bien, no más —dijo el muchacho.

Sus manos, siempre diestras, vaciaron la caja con fichas, y las pusieron boca abajo. Largos dedos morenos, uñas negras quebradas.

Patricio lo escrutaba. Acaso la fidelidad de Ismael era más honesta que su rebeldía. Tendió el doble-seis. Ismael, el seis-cuatro. Patricio, el doble-cuatro. Ismael pidió más, cargándose de tres fichas, inútiles a juzgar por las pestes que echó en voz baja. Los frenos de un bus con pasajeros de Santiago rechinaron en el camino próximo. Su pesado arranque sacudió el club. Rubias en bikini, astros del fútbol, cantantes populares, tiritaron al vaivén de los tabiques.

Jugaba evitando deliberadamente que sus miradas se encontrasen. Ismael se sentía incómodo. Se levantó en busca de un cenicero.

—Gracias por lavarme el auto —dijo Patricio, cuando lo tuvo a su espalda. Ismael regresó, con un gruñido de asentimiento.

—¿Va para Santiago esta noche? —Las pupilas relumbraron en sus ojos. De los gruesos labios surgía un tufo de alcohol.

—Para Pirque. Un baile.

—La otra noche lo vi volver de Santiago. Como a las cinco de la mañana.

Patricio recordó. Al cruzar el pueblo, un grupo de borrachos se había derramado por el camino, saludándolo con gritos e insultos. Entre ellos, Ismael. Paró de golpe —ya tenía experiencia en parar de golpe, a cualquier velocidad que viniese— y avanzando cuidadosamente los dejó atrás.

—Sí me acuerdo. Tú venías con unos curados que me agarraron a puteadas. Oí tu voz clarita.

—¿Está loco, don Patricio? Yo no. Cuando me di cuenta de que era usted los traté de hacer callar.

—Por supuesto: "cállense mierdas que aquí viene mi patrón", eso fue lo que les dijiste, ¿verdad?

El flaco rostro de Ismael se tiñó de rojo y sus gruesos labios se abrieron, mostrando momentáneamente sus encías desdentadas. Cuando se le pasó el rubor ya no eludió más la cara de Patricio. Tendió el cuatro-uno. Patricio empezó a percibir que Ismael no se hallaba incómodo ahora. Si le ponía el uno-seis, lo atascaba por segunda vez. Quiso tenderle una ficha fácil y quedar con la conciencia limpia. Pero tendió el uno-seis.

Los ojos del muchacho se colgaron de los suyos.

—¿Qué te ocurrió, hombre, ah?

Lo observó cargarse de otras tres fichas inútiles. Las manos todavía diestras.

Cuando mozo de quince años Ismael le había fabricado juguetes con esas manos; e inventado historias que lo hacían figurar como héroe de maravillosas aventuras. Lo que Patricio aprendía en el colegio no atraía a su compañero, y a los pocos días de llegar en vacaciones al fundo dejaba de atraerle a él mismo. Ismael seguía

cursos por correspondencia de mecánica y electricidad, armaba radios, teléfonos y toda clase de extraños aparatos que milagrosamente nunca dejaron de funcionar. Todo ello pasaba a ser su mundo en los veranos, e Ismael el mago de ese mundo. La abuela de Patricio, declarando que el talento del mozo debía aprovecharse, lo hizo poner a cargo del tractor. Ismael se convirtió así en el tractorista de *La Purísima*. Salía cansado de sus ocho horas de trabajo diario, y poco a poco fue perdiendo interés en sus aparatos y cursos por correspondencia. Patricio solía buscarlo por las tardes, pero la edad de los juegos iba quedando atrás y ya no encontraban mucho de qué hablarse.

Cuando Ismael cierta noche cogió el tractor hallándose borracho y se lanzó en él a la parte más honda del canal, cayeron en la cuenta de que se había alcoholizado. Libró con vida, y su padre lo perdonó en atención a que era hijo de don Benito. Pero el tractor fue puesto en manos de otro joven promisorio, e Ismael quedó reducido a simple peón.

Tendió el seis-cinco. Patricio, el cinco-cuatro. Ismael dijo, riendo:

—Ahora sí que no me agarra. —Y tendió el cuatro-tres.

Patricio, el seis-cero.

La partida se prolongó algunos minutos hasta ganarla Patricio con cuatro puntos a su favor.

—Qué te ha ocurrido, Ismael, por la vida.

El muchacho se encogió de hombros con inmensa indiferencia. Patricio quiso preguntarle, en un tanteo ciego para revivir el mundo de contactos ya perdidos, qué había sido de sus invenciones de adolescente. Sus hermanas creían en la apelación a la conciencia de las

personas. "Mañungo, no sigas tomando." "Juancho, piensa en tu mujer y déjate de corretear chiquillas." "Ismael, ¿por qué no me fabricas un teléfono?"

Terminando de revolver las fichas, Patricio sacó las ocho necesarias para una nueva partida.

—¿Por qué votas por el candidato de mi padre? —preguntó—. Sus enemigos harían mucho más por la gente como tú que sus amigos.

El rostro de Ismael quedó otra vez en sombras.

—Eso es lo que dicen ellos cuando vienen. Pero, ¿cómo va uno a creerles?

—Comienza luego. Comienza luego, para que alguna vez salgan ustedes del hoyo en que están metidos.

—Si yo no estoy en ningún hoyo, don Patricio. . .

Había, a un tiempo, tristeza y dureza en su voz. Patricio comprendió que tenía las fichas necesarias para derrotarlo nuevamente. Pero se dejó ganar, con disimulo. Por tres puntos nada más.

Entró gente al club. Gañanes oliendo a cabellos mojados. Saludaron a don Patricio, pusieron la radio, encendieron cigarrillos. Algunos se acercaron a los jugadores de dominó. Otros paletearon en la mesa de ping-pong. Hablaron sobre la próxima partida de fútbol.

—Esta vez, al primer anñado que me toque, lo muelo puñetazos.

—Carajos mauleros.

—Que no se vengan a creer que nos tienen tan ansitos.

—¿Qué le parece, don Benito, la partida contra San José? ¿Sigue tan preocupado como en la mañana?

—Poco me gusta la cosa, don Patricio. Usted vio

cómo están los niños adentro. A la primera provocación saltan.

Patricio miró al cielo estrellado. Nubes blancas tapaban parte de la Vía Láctea.

—Quizá, digo yo, ¿por qué no le pide al patrón que la suspenda? Lo que menos me gusta es que el Mauro ese está en el equipo. Uno de los que había en el restaurante, ¿se acuerda? Camisa a cuadros, Mauro se llama.

A medida que Patricio se alejaba, la silueta del capataz posada en una vara del corral se confundía con el bulto de una carreta fuera de uso. El muchacho atravesó el parque en sombras. El ramaje de un rosal silvestre se agitaba contra la tersura del cielo. Era sólo la brisa. Un gancho cargado de damascos se vino con ruido al suelo y lo hizo dar un salto.

Don Benito había cabalgado cuidadosamente entre los grupos de curiosos. Habíase puesto a trotar para distanciarlos. Había rehuido hablar hasta no hallarse en *La Purísima*. Admitía sus temores abiertamente. Él temía otra cosa, ignoraba qué. Acaso ese mismo Mauro era el padre del niño con el trompo.

Aparecieron entre los árboles las luces de la casa, grande y callada bajo la hiedra oscura. Apuró el paso.

Sacó el coche al camino y fue a cerrar la puerta de fierro con candado (su padre insistía en que por las noches quedara siempre con candado, y ahora le halló razón en tomar precauciones). De vuelta en el auto, limpióse la rodilla del pantalón negro, se arregló la corbata de rosa y encendió un cigarrillo. Todo listo, partió en dirección a Santiago.

Orillado de hinojos y cicuta, el canal bajaba dos kilómetros hasta el pueblo, chata línea de casas quebrada por la torre de la iglesia franciscana. Se hundía luego entre las alcantarillas de una vasta población obrera de emergencia que atemorizaba a los pueblerinos con su fuerza y su miseria. Reaparecía ocasionalmente frente a curtiembres, fábricas de zapatos y barriadas de estropeado aspecto semirrural. Y desaparecía, finalmente, en las mil cloacas de Santiago.

Tardó treinta minutos en ir a la ciudad, y en veinte más alcanzó la calle Ejército.

Pilar se dejó besar en la mejilla y, como al descuido, en los labios cuando subió al auto.

—¿Por dónde quieres que nos vayamos?

—Por donde digas; por donde tú quieras. —Patricio estaba aguardando esa respuesta. Salieron de Santiago y tomaron por el camino de siempre, el del canal, que los llevaría de nuevo ante *La Purísima* y *San José*.

—¿Cuánto demoras en llegar a Pirque?

—Quizá una hora.

Patricio buscaba los ojos de la muchacha y ella se desentendía. Él quiso coger su mano y la muchacha cedió. Después, suspirando, se acercó a Patricio y apoyó la cabeza en su hombro. Pasaron por *La Purísima* entregados a sus juegos de manos. Pilar había abandonado su pasividad. Un grupo de peones rezagados cerca del club, la cerrada sombra de los árboles del parque, la fila de pequeñas casas blancas, el cerco de pinos. Quedó atrás el triángulo de álamos y la cabeza de Pilar, apoyada en su hombro, le resultó de pronto pesada y le inquietaron sus dedos acariciándole el cuello. Iban en *San José*.

—No corras tanto Patricio, hay gente en el camino.

Distinguió el restaurante, acercándose velozmente. Si se detenía, el Mauro y los otros —que debían andar por ahí— se darían por enterados de que no les guardaba el más mínimo temor.

—...diablos —dijo—, ahora que lo pienso, me he quedado sin cigarrillos. —Detuvo el coche al costado del restaurante, y una nube de polvo se levantó en el espacio iluminado por el farol.

Notó cuatro figuras jugando al monte en cuclillas bajo una ventana con barrotes de fierro. Una de las figuras se alzó: anchas espaldas, piernas arqueadas, camisa a cuadros: tenía que ser el Mauro. Entró al restaurante, diciéndose que había cometido un error. Lo siguió una risotada irónica. Era preciso hacer algo, rápido —pero los jugadores sumaban cuatro y él se hallaba solo—. Nadie en el mesón. Golpeó las manos. Una moza gordita llegó meciendo los senos.

—Un Liberty, por favor.

No tenía vuelto. Tuvo que esperar que la gordita fuera hasta el fondo de la casa, mientras paseaba con creciente ansiedad por el piso lavado a baldadas de agua. Una polilla giraba insistente en torno a la bujía eléctrica que colgaba de un alambre. Un ácido olor a vino impregnaba el cuarto. Repentinamente, un grito agudo de Pilar cruzó el aire. Corrió afuera. La muchacha gesticulaba dentro del coche, la rueda delantera izquierda silbaba suavemente, desinflándose. Los jugadores de monte habían desaparecido.

Evitaron aludir al incidente al regresar del baile. El alba clareaba, y el campo desplegaba una fría variedad de tonos grises. Las ojeras lustrosas de Pilar acentuaban

la palidez de su rostro cansado; se vela indefensa y extenuada en su vestido negro, y fumaba incesantemente.

Patricio sentía flotar la cabeza sobre el cuello, como un corcho de botella en el agua. El auto no ofrecía resistencia alguna a sus pies y manos, que le imprimían un curioso ritmo, esquivando los hoyos del camino y acelerando a gran velocidad.

Había bebido en exceso. Pero no tuvo en ningún momento la intención de controlarse. Le había sido difícil articular su reacción ante el episodio reciente y (momentáneamente) convencer a los amigos de Pilar de que el resentimiento no era algo caído del cielo. Cuando a Gonzalo le dio con las campañas de caridad, se alejó del grupo y no paró de beber durante el resto de la noche.

Era bello el sonido del motor cuando manejaba medio ebrio, y creía oír en él la circulación de su propia sangre.

Se cruzó con un bus vacío, el chofer solitario en su elevado sillón de cuero. Y pasó varias carretelas cargadas de legumbres, madrugando para el mercado de la vega. Dejó atrás los galpones de una barraca, y cayó en la cuenta de que corrían frente a su propio fundo.

Pilar lo miró con aprensión, los ojos en las ojeras negras, las ojeras en el rostro blanco, las facciones tensas.

Tendió la mano hacia el muslo de la muchacha, para tranquilizarla. Y vio a la derecha —cien, apenas cincuenta metros adelante— caminando, al Mauro. No podía ser otro. Sus piernas arqueadas lo llevaban en tambaleante balanceo. Lo seguía un huesudo perro gris, que saltó ladrando al pavimento. Patricio afirmó el volante, y hundió el acelerador. "Para que aprendas,

mierda", dijo entre dientes. El coche dio un breve sacudón, un bulto sanguinolento remontó el capot, golpeó el parabrisas, y cayó con lentitud por un costado. Las maldiciones del hombre se perdieron en la lejanía y volvió a escucharse el sonido isócrono del motor. Pilar, con el rostro oculto en las manos, sollozaba. La frente húmeda, el corazón latiendo con violencia, Patricio paró algunos kilómetros más abajo y salió del auto al aire fresco.

—Pásame el cuero de ante, Pilar por favor.

Pilar buscó en la guantera con movimientos automáticos.

—No lo encuentro.

Patricio buscó en sus bolsillos.

—Pásame un pañuelo, entonces.

La muchacha obedeció.

Patricio limpió la sangre del parabrisas. Sólo quedaron algunas manchas endurecidas.

Luego se dejó caer en el asiento. Hizo un esfuerzo, puso en marcha el motor, y continuaron a Santiago, sin cambiar palabra en el resto del trayecto.

—Dijo el patrón que retira el equipo de *La Purísima* si la liga no expulsa a los de *San José*.

—Sí, si sé Rosa, y es lo justo. Yo nunca había visto un partido tan sucio, pero eso viene de antes y no tiene nada que ver con el fútbol. Yo creo que Patricio es en mucho culpable.

Pamela hablaba con los ojos cerrados, tendida de espaldas al borde de la piscina. Se había soltado los tirantes del traje de baño, y el sol de mediodía doraba sus hombros uniformemente.

—Yo no entiendo a Patricio —dijo Pilar, de pie en el agua y acercándose a la orilla—, no entiendo cómo puede gustarle toda esa gente, ni entiendo que culpe a la gente bien de cuanta barbaridad ocurre en Chile. Pero no creo que tú puedas culparlo a él de lo que pasó en el partido.

—¿Te fijaste, Rosa —preguntó Eliana, de pie en el pasto, y mascando una pajuela— que la señorita Eufemia se puso a llorar cuando le pegaron al árbitro? ¿A cuánta gente le pegaron en total?

—Señorita, por Dios —dijo la sirvienta, agitando las manos—, si no es cosa de bromas. Dése cuenta que el Mauro, ese, venir a provocar a don Patricio ahí delante de todo el mundo...

—Es que Patricio, también... —insistió Pamela, incorporándose—. Pilar, tú nos contaste cómo fue lo del perro. Patricio no frenó porque no quiso, estoy convencida...

—Ay, no sé —dijo Pilar, recogiendo una hoja de la superficie del agua—, francamente no sé. Veníamos demasiado rápido, y cuando Patricio vio al perro ya estábamos encima casi.

—Pero mi hermano maneja mejor que nadie —dijo Pamela—, también tú lo sabes. ¿Cuántas veces no ha evitado accidentes en el último momento?

—Yo creo —dijo Eliana, haciendo una flexión de piernas y examinando las hormigas en el pasto—, yo creo que nos odian por culpa de los comunistas que los han sublevado, y por eso es que pasa todo lo que pasa.

Rosa se acomodó el cabello sobre la nuca.

El sol había evaporado las manchas de humedad impresas por el cuerpo de Pamela en el cemento y la muchacha volvió a tenderse de espaldas.

—Pero, Pilar, tú me contaste que Patricio aseguró que pudo haber frenado a tiempo.

—Ah, bueno —intervino Eliana—, eso es lo que todos dicen después de un accidente: que lo pudieron haber evitado, ¿pero cómo sabes si es verdad?

—Exacto —dijo Pilar—. Lo que yo no entiendo es por qué Patricio tuvo que parar en el restaurante cuando íbamos al baile. Si no nos hubieran desinflado la rueda...

—Si sigues para atrás, el asunto se complica más y más —dijo Eliana—, quizá con qué te encuentras.

—Lo que son las cosas —murmuró Rosa—. Ese flojo inútil de Ismael, quién lo creería. Cuando el Mauro se le tiró por la espalda a don Patricio en medio de las bofetadas que volaban para lado y lado, salió Ismael y le largó un botellazo al Mauro, que lo dejó medio aturdido. Así me contaron. Que si no es por eso, quizá cómo se las habría visto don Patricio. Yo no vi esa parte, pero vi la pelotera que se armó después. Tuvieron que venir los carabineros a parar el lío, y todo el pueblo supo lo que había pasado. El patrón está furioso, pero a mí me da susto lo que puede pasar ahora.

Empleados subalternos, vendedores de flores y obreros de las poblaciones de emergencia descendían con los ojos hinchados de sueño en el terminal de la línea de buses. Compraban diarios y se iban a tomar la movilización urbana que los llevaría a las oficinas públicas, al mercado, y a las fábricas y construcciones en que trabajaban.

El bus que salía de Santiago a esa hora de la mañana no llevaba más de cinco pasajeros. Rechinando

frenos y acelerando con impaciencia cruzaba el hormiguero de los barrios populares, activos desde temprano. Ventas de ropa usada, carretelas de mano, camiones destartalados, gente en las aceras, calles saturadas de bullicio. El chofer fumaba, fatuo al mando de su enorme máquina, y fumaban los pasajeros, vagamente atentos al mundo exterior. El día prometía ser caluroso, no obstante la grata frescura del viento disolviendo los olores humanos que impregnaran el bus en su anterior viaje a la ciudad.

Durante cuatro días en Santiago, Patricio se había dado vueltas por los barrios populares, bebiendo cerveza en las cantinas y ocasionalmente jugando billar si alguien lo notaba solitario y lo invitaba. El incidente de la cancha de fútbol le había causado pavor y deseos de alejarse y olvidar que había ocurrido y que podía conducir a cosas peores. No había logrado, sin embargo, alejarse ni olvidarlo más que a ratos, y resolvió volver al fundo y encarar lo que viniera.

Cuatro mujeres vestidas de luto subieron al bus en el pueblo y ocuparon uno de los asientos laterales delanteros. Velos negros cubrían sus cabezas, traían rosarios en las manos y hablaban con cierta ominosa agitación. Se acercó a escuchar: alguien había muerto asesinado dos noches atrás. A medida que el bus se aproximaba a *La Purísima*, advirtió más mujeres enlutadas, yendo con prisa camino arriba.

Bajó frente al cerco de pinos, y las mujeres que venían en el bus bajaron con él. Tuvo miedo de hacer preguntas, y corrió hasta la puerta de fierro. Se hallaba abierta de par en par, y cerca del poste blanco había una carroza despintada. Mujeres de negro aglomerábanse en la avenida de los castaños, llorando un lamento in-

tenso y penetrante. Había muchos peones silenciosos, algunos carabineros, y uno que otro seminarista franciscano. Al fondo, a la entrada de la capilla roja, vio a la familia de don Benito. Sin saber cómo llegó hasta ella. El mayordomo percibió el movimiento de los campesinos a su espalda, y girando el rostro vio a Patricio junto a él. Apartó los ojos, cuajados en llanto.

Alguien balbuceó:

—El Ismael, don Patricio...

El muchacho tembló de horror. Sintió que alguien lo cogía por el brazo, y que lo llevaba suavemente hacia un lado. Era su madre. Le dijo, un tono de impotencia en la voz:

—Ayer lo encontraron muerto en el camino de los acacios. Tres puñaladas en la espalda. Todos creen que fue el hombre de *San José*; el que te atacó en la cancha de fútbol.

La familia de don Benito se apartaba de la puerta de la capilla. Acreció el lamento de las mujeres, ondulando desgarradoramente entre los árboles, y apareció el ataúd, llevado por don Benito, su padre, y seis campesinos.

—Tú papá ya hizo todas las diligencias en la Tenencia de Carabineros, y habló con ese amigo que tiene en Investigaciones. No vamos a dejar que el asesino se escape. La mujer dice que ayer llegó borracho, le quitó todo el dinero que pilló a mano y se fue, creen que a Santiago. ¡Ismael, que era un muchacho tan bueno!

Patricio dio un par de pasos en dirección al cortejo, su padre le hizo una seña, indicándole que se uniera a los portadores del ataúd, pero tuvo vergüenza de hacerlo, y permaneció inmóvil, todavía temblando. Ese mismo día dejaría el fundo.

En la noche estaba aún allí, encerrado en su cuarto

y caminando con torpeza entre las botellas de vino a medio beber tiradas por el suelo. Abrió la ventana y el espectáculo imponente de la Cordillera oscura lo llenó de angustia. El aire fresco lo mareó, bajó la cabeza, y vomitó hasta quedar vacío.

CARVALLO TRONCOSO

Lo primero que hizo Raúl al salir de Austin Reed fue abrir el paquete y darse el gusto de mirar de nuevo la corbata que acababa de comprar. Era lisa, de un verde que se doraba o ennegrecía según el ángulo de la luz. La acercó a la solapa de su liviano traje de verano. Ahá. La volvió a poner en el paquete y se echó el paquete al bolsillo. Luego lo sacó del bolsillo, decidiendo llevarlo en la mano derecha. Después optó por la izquierda.

El sol en las vitrinas de Regent Street le devolvía su imagen pasando sobre el Arco de Triunfo, bajo el Palazzo Vecchio, contra Prinzregenten Platz, junto a la Alhambra, al pie del Partenón. Iba gozoso cortado en diversos planos por la geografía de las agencias de turismo, en un cuerno abundante de abrigo de visón, Bentleys azules, jarrones de alabastro, brazaletes de brillantes, corpiños con encajes, vasos chinos, tarros de caviar, motores fuera de borda, espejos profundos, violines, vinos de todo el continente, clarinetes, cigarrillos turcos, marqueterías delicadas, réplicas de grandes esculturas, alusiones a famosos cuadros.

Chile es un país de mierda. La gente caminaba con la indolencia y sensualidad que le comunicaba el sol de verano. Carestía. Había en realidad bastante gente. Un paraguas abierto de gente se arremolinaba hacia la estación del underground. Cesantía. Un hoyo. ¿Tomar el

underground? El solcito estaba demasiado rico. No importaba llegar tarde al trabajo. No sería más de media hora. Una vez allá no quedaba otra que pudrirse. Los celos, las envidias, la copucha. Mira las corbatas que usa, mírale el corte de los pantalones, mira esos zapatos que se trajo. Se cree un rey porque vio cantar a la Eartha Kitt, ¿dónde dice que la vio? Seguro que es cuento. Y también a Nat King Cole. Tremenda cosa, como si Nat King Cole no hubiera estado nunca en Chile. Y dice que fue a París a escuchar a Frank Sinatra. Y que lo mandaron a Bremen a entrevistar a los Beatles. A Bremen. Seguro que lo iban a mandar a él, como si no sobraran ingleses en Inglaterra para entrevistar a los Beatles en Bremen... Pero lo mejor de todo es que los encuentra vulgares. Y qué. ¿Son o no vulgares los Beatles? Ustedes se creen que todo lo que hay en Europa es elegante, eso es lo que pasa. Cómo se ve que no saben de qué hablan. Se creen que ustedes mismos pasan a ser elegantes cuando vienen a Europa. Fíjense primero en los hoteles en que se alojan y en las playas a que van. París Match les llega atrasado (a mí por lo menos me llega a tiempo). En el momento en que me da la gana me tomo un avión y me paso un week-end en Beirut. O en Lisboa. O en Tel-Aviv. Y si me da la gana, a Tokio mismo me voy. Háganlo ustedes, eso es. Traten, a ver si pueden.

Algo acalorado, Raúl entró a un restaurante y pidió un jugo.

—Yes, please, pineapple.

Y que vinieran a comprobar si querían. Harto bien que hablaba inglés.

Se ajustó la corbata ante el espejo. El espejo inclinado cubría todo un tramo del muro, destacando el

primer plano de los clientes sentados al mesón contra el segundo de los sentados a las mesas. Estos últimos, como correspondía, se veían lejanos, pequeños de cuerpo, vagos de rostro. Afilado, aceituno, el suyo no estaba mal. Lástima esa piel algo estropeada. La buena vida. ¿Los ingleses? ¿Puritanos? Como no que sí. Se guiñó un ojo a sí mismo en el espejo.

Pall Mall. Exclusivos clubes. Garzones depositarios de las más antiguas tradiciones. Trafalgar Square. La hez protestando entre las palomas. Nelson erguido allá arriba sobre una nata de cacas diminutas. En el Strand se metió a una aromática cigarrería. Ah, el viejo Londres.

—Balkan Sobranie, please.

Miró complacido a la muchacha empaquetando la caja de cartón crema ribeteada en pardo. Como las cajas de Chanel o de Lanvin o de... Necesitaba agua de lavanda. Cruzó el Strand. Las nubes relumbraban en el cielo. Angostas callejuelas bajaban hacia el río.

—Yardleys, please, miss.

La muchacha vestía un delantal rosa de nylon. Pelo rubio escarmenado. Cutis lustroso. Ojos procaces. Niña, no pierdas el tiempo, no te insinúes tanto que no es mucho lo que me gustan las mujeres. Ah, la gran ciudad, se vivía y se moría sin dejar rastros. ¿Salgamos esta tarde, señorita? Todos los días había que hacerlo en Santiago. Y los nervios no daban para tanto, Santiago, pavimentado en polvo de pacatería provinciana, donde cada paso dejaba una indeleble huella. Ciudad policial, detectivesca. Hermandad de metetes. Resultado: las cuatro quintas partes de sus emolumentos de disc-jockey a la cuenta bancaria del psiquiatra. Banco de A. Edwards y Cía. Ltda., sucursal Nuñoa.

El lead-in de su programa; *Frenesí*. En la versión del

Cuarteto Gerry Mulligan. Una grabación Pacific Jazz, Long play 688 121 Z1, distribuida por acuerdo especial con Interdisc. El anunciador: Con ustedes, amigos de Radio Minería, ¡Raúl Carvallo Troncoso! Cortina: aplausos, silbidos, sonoros desvanecimientos de adolescentes (de ambos sexos). Entonces entraba la voz, aquella voz que lo había sacado en menos de seis meses del más absoluto anonimato y lo había convertido en el astro de la radiotelefonía nacional; aquella voz que lo había traído al pináculo de la BBC de Londres.

¡Qué caos cuando anunció que se venía con un contrato por tres años! Carvallo, hombre, no nos puedes hacer esto: comprendemos lo que significa para tu carrera, pero piensa en nosotros. Y los hipócritas que lo felicitaron: Raúl, te lo mereces, mi viejo, es el justo premio a tu talento. ¿Así que a Londres, Raulito? Pero qué bien, mi chato, así que vas a hablar desde el Big Ben ahí, como la reina, mírenlo al perla. En la comida que le dieron en El Parrón había terminado diciendo memorablemente, un poco emocionado ante lo emocionante de su voz: Amigos, volveré. Y volvía cada noche, a través de las poderosas transmisiones en onda corta del Servicio Latinoamericano. Sólo que a veces los ruidos atmosféricos, particularmente intensos sobre el Atlántico en ciertas épocas del año, distorsionaban su voz abominablemente. Oírsele en dichos trances era como mirarse en el espejo curvo de una feria de diversiones. Y ya sabía él que en Chile decían que la falta de contacto con su público le estaba liquidando la garganta.

Era en la falacia de esas transmisiones obstruidas donde apoyaban ese juicio. Pero ni ellos mismos lo creían. Tres años habían pasado desde que saliera y quizá pasarían tres más antes de que regresara. Pero a pesar

del tiempo y la distancia no lo olvidaban. ¿Disputarían acaso acerca del estado de su voz si no fuera así? Y cuando algún chileno perdido aparecía por la BBC fingiendo no conocerlo, Raúl le notaba en la cara que alguien lo había prejuiciado en su contra. "Carvallo es un pedante", "Carvallo ya se cree inglés y apenas saluda". Le parecía estarlos oyendo, dedicados a echar pestes contra él.

Dobló por Aldwych y frente a Kingsway entró en Bush House, el macizo edificio de los servicios exteriores de la BBC, construido en un estilo lleno de dudosas alusiones imperiales.

Iba retrasado, pero en lugar de subir a los estudios bajó trotando livianamente a ver cómo estaba el ambiente en la cantina. Estaba animadísimo, pero no vio caras conocidas. Se demoró un instante más en la puerta. Raúl Carvallo Troncoso. Tomó el ascensor, tarareando *Frenesí*. —Lovely day —saludó al empleado de uniforme azul en el mesón de informaciones, y entró a las oficinas del servicio.

El colombiano rollizo salió agitado al pasillo.

—Carvallo —interpeló, la pronunciación despeinada de contrariedad—: Hace media hora que lo esperamos. No podíamos empezar la grabación mientras usted no llegaba, hombre, por Dios.

—Aquí estoy —dijo Raúl, sin dar al colombiano más importancia de la que se merecía.

—Otra cosa —saltó éste, irritado—: Tuvimos que dejar fuera la crónica que dejó anoche para "Aquí Londres". Así no se puede seguir Carvallo. Comprendo que no le interese hacer crónicas industriales, pero es parte de su trabajo.

—Ya vengo —repuso Raúl, ignorando esta última observación—. O si prefiere, espérame en el estudio.
—Dicho lo cual se alejó hacia el lavabo, silboteando *Frenesí*.

BECADOS

La joven pareja de becados sudamericanos se convirtió al cabo de una semana en el problema del *Lodgings Board* de la pequeña universidad de provincia. Todos los alojamientos que se les enviaba a ver les parecían malos. Porque hallaban agresivo el tamaño de los espejos del ropero o porque les resultaba insoportable el rancio olor de las alfombras, porque no les gustaba que la tina de baño estuviera en el cuarto de cocina o porque el excusado en su casucha de madera junto a la chimenea de la sala los hacía sentirse incómodos.

Justificablemente ofendido, el *Board*, es decir, Miss Pampisford, se preguntó seriamente esa mañana, mientras veía a Enrique alejarse bajo la lluvia, si no debía desistir de sus intentos de ayudarlo. Porque Miss Pampisford se formaba una idea exacta de lo que un estudiante necesitaba y de lo que merecía tan pronto como lo veía cruzar la puerta del *Board*. Y aunque poco sabía de sudamericanos sabía que estos dos no merecían más de lo que habían visto.

Daba media vuelta a su silla giratoria con un preciso impulso de la punta de un pie y la frenaba con la punta del otro pie frente al fichero. Preguntaba: "¿Qué se le ofrece?", y sin prestar oídos a la respuesta copiaba dos o tres direcciones y las pasaba al sorprendido estudiante.

Hacía apenas una hora que copiaba descripciones de alojamientos en el fichero cuando Enrique reapareció en el *Board*, despidiendo una ola de frío de sus ropas mojadas. Venía de buen humor, como si la idea de llevarse a cambio el calorcillo de la estufa le produjera gran contento.

Miss Pampisford hizo un esfuerzo e impuso una sonrisa sobre el disgusto de su rostro.

—¿Ha tomado alguno de los alojamientos esta vez?

Inesperadamente para sí, pues de ordinario Miss Pampisford lo intimidaba, Enrique soltó:

—Vi el primero desde fuera y me devolví, Miss Pampisford.

Le había ocurrido algo extraordinario. Tanto que se sintió en libertad de dar a entender a Miss Pampisford, por primera vez, lo que le humillaba que lo enviara siempre a barrios ruines, como si no se hubiera dado cuenta, y quizá *no* se había dado cuenta, probablemente porque le había tomado mala voluntad y *no quería* darse cuenta, de que él no era un cualquiera, que su familia, etcétera.

—¿Por qué se devolvió, Mr. Gómez?

La sequedad con que la inglesa le habló lo apresuró a mostrar un papel que traía en el bolsillo.

—Miss Pampisford, por favor, ¿cómo se llega a esta calle?

Alargó el brazo sobre el escritorio, el papel arrugado en la mano. Un chorrillo de agua se le descolgó de la bocamanga, formando una poza junto al tintero. Miss Pampisford hizo caso omiso de la poza y cogió el papel. Luego que tuvo las explicaciones, Enrique corrió a comunicar la nueva a Elena. O más bien dicho, tomó un taxi en lugar de un bus para llegar a la pensión.

La muchacha estaba deprimida. Arrimada a la estufa, bordaba flojamente un monograma con sus iniciales y las de Enrique en una sábana que comprara al pasar por Londres. Era una sábana doble, lo que si bien correspondía a su imagen del matrimonio, no dejaba de atemorizarla. No lo quería admitir, porque era el tipo de cosas en que no se debía pensar, pero algo no había resultado como esperara. Cuando Enrique entró como un bólido a la pieza, el pelo castaño mojado, el impermeable oscuro de agua y el rostro sonrosado de excitación, Elena se sintió avergonzada de sus pensamientos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Enrique, yendo a encucillarse frente a ella y a cogerle las manos. Se habían casado antes de tomar el barco para Europa, apenas cuatro semanas atrás, y cuando uno de ellos se iba a un mundo privado venía el otro y, generalmente con delicadeza, lo sacaba fuera.

Elena gustaba de llorar, porque entonces Enrique la consolaba. A veces en las noches lloraba un poco y se dormía en los brazos de Enrique; solía soñar después que era su padre quien la confortaba. Esta vez pareció necesitar más consuelo del que Enrique, con su cuento adentro, estaba en condiciones de darle. Enrique no pudo evitar un cosquilleo de impaciencia y mientras le acariciaba el cabello negro y le besaba el rostro delgado y pálido ("Elena tiene cierta propensión a la anemia, debes preocuparte de eso") se puso a mirar por la ventana. La condenada lluvia seguía cayendo. Casi no había parado de caer desde que llegaran a esa ciudad cercada por chimeneas de fábricas. Misterios del viejo gran economista, venir aquí a dar sus clases. De pronto le pareció un absurdo tener todavía la cabeza de su mujer entre sus manos. La cabeza estaba inmóvil y silenciosa,

pero adivinando que los pensamientos de Enrique se habían ido a otra parte, la cabeza se movió. Elena se compuso el peinado.

—¿Qué te pasa?

Entonces Enrique contó su cuento. Sus primeras palabras le bastaron para recuperar la excitación con que entrara a la pieza. Empezó a dar zancadas mientras hablaba. Un desconocido se le había acercado en la calle. Un tipo que no podía sino ser un excéntrico, y un excéntrico caballero, como en esas novelas inglesas. Usaba un impermeable que le llegaba poco menos que a los tobillos, tenía cara de caballo de carrera como los ingleses aristocráticos y fumaba una pipa de espuma de mar. Hablaba en un perfecto Oxford accent. El tipo este le había preguntado qué buscaba. Al saber quién era y en qué andaba, algo increíble había ocurrido: el tipo le había dado nada menos que la dirección de unos amigos suyos que arrendaban piezas en una casa en Oundle. "A rather pleasant part of this appalling town" había dicho. Y después se había despedido como apurado y, mirando para atrás con persistencia, se había alejado.

A Elena la entusiasmó el personaje. Pero cuando bajaban a la calle preguntó:

—¿Y si Oundle es caro, mi amor?

—Tu papá paga —repuso Enrique—. O el mío. No nos cuesta nada escribirles para que nos manden plata.

Enrique tenía a veces una gran manera de tranquilizarla. Y Elena se le colgó del brazo agradecida.

En el taxi, Enrique encendió un cigarrillo y se echó atrás en el asiento.

—Yo también quiero fumar —pidió Elena.

—No —dijo Enrique, concendiéndole apenas una chupada.

Ella lo besó satisfecha. Había empezado a fumar en el barco pero le gustaba que Enrique le prohibiera hacerlo.

El taxi los llevó entre hileras sin fin de casas grises. Los ladrillos del edificio de la Universidad eran por lo menos rojos. Pero no le gustaba cómo olían los estudiantes, hablaban un inglés incomprensible, y parecían extrañamente tristes y resentidos. Los profesores eran individuos remotos que decían "Hello" y eludían todo riesgo de verse envueltos en una conversación. Enrique se había sentido realmente perdido en aquella entrevista inicial con el gran economista en que este, luego de decirle cuán contento estaba de tenerlo como alumno, se quedó callado, quizá preguntándose por qué ese extranjero no reaccionaba con la misma gentil presteza que un nativo ante su pequeño esfuerzo diplomático, y luego lo quedó mirando como preguntándose qué diablos había venido a hacer un pobre tipo desde América del Sur a ese hoyo perdido.

—Esta es una región dinámica del país —había dicho Enrique, por decir algo.

—Así es, sin duda —había repuesto el maestro, con una expresión apagada en los ojos.

Había sentido un profundo rencor contra el tío Vicente, que le había conseguido esa beca de su gobierno y le había sugerido que estudiara con Hoax en los Midlands. —Ese Hoax es un genio —había afirmado el tío Vicente en su oficina del Ministerio. —Escribió en 1908 unos ensayos fabulosos. Y si se ha ido a los Midlands ha sido para estar en el centro de las cosas. Tú sabes que los Midlands son el nervio vital de la industria inglesa. Si vas allá vas a poder palpar —y el tío Vicente tenía un modo de decir "palpar", aconchando

la palma de la mano y moviendo los dedos regordetes como si tuviera entre ellos un seno de mujer—, vas a poder, hombre, palpar lo que está ocurriendo en ese país como en ninguna otra parte. Qué Oxford ni Cambridge ni Londres ni nada. Pamplinas. La cosa está en los Midlands.

Podía que la cosa estuviera en los Midlands. Pero el tío Vicente no se la soñaba. Y si alguna vez se la había soñado, tenía que haber sido en la peor de sus pesadillas.

—¿Mi amor?

—¿Sí, Elena?

—¿En qué piensas?

—Pienso —improvisó Enrique—, pienso en que me gusta andar en taxi. —Pero pensaba en que le había descubierto el truco al tío Vicente. Aquella noche en que la madre de Elena volvió del cine antes de lo esperado y Elena no tuvo tiempo de bajarse la falda antes de que la madre entrara al living y dejara caer la cartera al suelo con un grito de horror, encerraba la clave de todo. No en vano los diarios de izquierda preguntaban de qué modo misterioso se distribuían las becas del gobierno. El tío Vicente lo había invitado a los pocos días a almorzar al Club y le había dicho:

—Mira, hombre, Enrique: se acordó hace poco aumentar este año las becas a Europa. Esta es la chance de tu vida y sería tonto perderla. No importa que aún no te hayas recibido; podrás hacerlo mucho mejor a la vuelta. ¿Qué te parece? Te casas y te vas con Elena dentro de un mes. Europa, hombre, no es cuestión de hacerse de rogar y es el mejor de los comienzos para una pareja joven.

—¿En qué piensas, Enrique? ¿Será bonito Oundle,

amor? Mira qué horror es esta avenida por donde vamos. ¡Qué daría por estar en París!

Enrique había comprendido. Esta familia era previsor. Y lo de los Midlands calzaba perfectamente. En sitios más civilizados habría becados, diplomáticos y simples residentes que lo primero que harían sería importar rumores cuando naciera el hijo de seis meses. El tío Vicente había tenido la sutileza de agregar:

—En los Midlands podrán hacer una vida retirada. Gran cosa para tus estudios, hombre, gran cosa; y lo mismo para tu matrimonio.

El pequeño vientre de Elena no daba, sin embargo, indicios de haber recibido semilla de ninguna especie. El golpe maestro había sido para nada. Estrategas superfluos. Y Elena pensaba en Ángela, que le había escrito desde Lovaina. Y en Martita, que le había escrito desde Hamburgo. Y en María Victoria, que le había escrito desde París. Todas esperaban para dentro de los próximos meses. No quería que la hallaran rara como a Piedad, la primera de las del grupo en casarse, y que llevaba ya dos años en Londres, todavía sin hijos. Qué cómico. Casi todas estaban fuera. ¿Quiénes quedaban todavía sin salir? Piedad lo hacía siempre todo al revés de las demás y, Elena, simplemente, no quería que la creyeran como ella. No quería que pensaran que se daba aires como ella. Pero, ¿qué hacer? Lo que Enrique parecía desear era demasiado.

Enrique pensaba que tan pronto como se instalaran comprarían auto. Sin auto no se podía vivir. En esos buses no se podía andar. Los ruidosos desesperados vestidos de cuero negro llenaban el segundo piso, espeso de frío olor a cigarrillos ordinarios, y las matronas, el primero, con sus compras de supermarket en la falda.

—M'hijita, ya debemos ir llegando.

El humo de un Benson and Hedges, y los olmos y plátanos orientales de las calles le comunicaban cierto optimismo. Quizá encontrasen algo en Oundle. Qué tipo raro ese. 17 Pemberton Avenue había dicho. Oundle no estaba mal. Las casas, a la vez de ser más pequeñas, se hallaban más espaciadas que en el centro. Y el barrio daba la sensación de que sin mucho andar podía salirse al campo.

Elena pensó que era cruel de Enrique no contarle en qué pensaba ni pedirle que contara en qué pensaba ella. Estaba cansada, exasperada en la pensión. Lo único que quería era tener luego un departamento donde desempacar las maletas, lavarse y secarse el pelo en calma, criar un gomero, y terminar de bordar los monogramas en las sábanas. Sólo ansiaba instalarse de una vez por todas. Pero Enrique lo encontraba todo malo. Claro que todo *era* malo. Pero según Enrique, sólo por ella se había puesto exigente. Ella sabía que eso no era cierto. Era Enrique quien no toleraba los departamentos malos. Enrique era cruel. Ojalá se decidiera a tomar este en Oundle.

—Elena, m'hijita, esto es muy raro.

—¿Qué cosa, mi amor?

Bah, no se había dado cuenta. El taxi estaba detenido, el chofer miraba a Enrique con ironía, él la miraba a ella desconcertado.

—¿Qué pasa, Enrique? —preguntó con miedo en la voz—. ¿Qué pasa? ¿Por qué no nos bajamos? ¿O no es este todavía el número?

—Parece, Elena —repuso Enrique—, parece que el número ese que me dio el tipo en la calle no existe.

Los ojos de Elena se abrieron de terror y se anegaron

en lágrimas. El chofer hizo una mueca y se volvió hacia adelante.

—Elena, no importa, no llores —suplicó Enrique—. Si ya encontraremos alguna otra cosa.

—Sí, claro —lloriqueó Elena, replegándose sobre sí—. Todo es por culpa tuya, todo, todo es por culpa tuya. Tú me trajiste aquí. —Se desasíó de las manos de Enrique, que la había cogido por los codos, y continuó—: Me quiero ir de aquí, me quiero ir a Lovaina donde Ángela; María Victoria no me gusta porque está en París y se siente superior a todas. ¡Me quiero ir a París! —soltó contradictoriamente, echándose en los brazos de Enrique.

—¿Do I drop you here, mate?

Irritado, Enrique se echó adelante en el asiento. ¿Había mirado bien el taxista?

—I'm tellin' you: there's no number 17 in Pemberton Avenue.

Entonces Enrique recordó la expresión en los ojos del tipo al alejarse mirando hacia atrás, como si lo fueran persiguiendo. Qué idiota no haber supuesto el desenlace.

—The meter's going up, mate.

Enrique sacó melancólicamente un Benson and Hedges. Luego sacó otro y se lo dio a Elena. Pidió al taxi que los llevara de vuelta a la pensión. Encendió los cigarrillos y mientras se adentraban en las calles lluviosas de la ciudad, dio una nueva orden al chofer.

No quería mirar a Elena, arrinconada en el extremo opuesto del asiento. La lluvia arreció. Dejaron atrás a un ciclista que pedaleaba envuelto en una capa de hule negro, indiferente como un sapo.

—Enrique...

Quería que la abrazara. Ya le conocía esas miradas.

—Enrique, abrázame, tengo frío.

Enrique la abrazó. Poco después el taxi se detuvo ante el *Lodgings Board* de la Universidad.

CAMBRIDGE EN DICIEMBRE

1. Eran las cuatro de la tarde y la fría noche de fines de otoño se cerraba ya sobre Cambridge, el cielo nuboso levemente rosado por las luces de la ciudad. Antonio y Gerardo caminaban embutidos en sus ropas de invierno por Trumpington Street.

—Lo que me fastidia —dijo el español arrugando su cara de cachorro envejecido— es cruzar todo Cambridge con este frío. ¡Si no me hubieran robado mi motoneta. . . ! Y lo que también me fastidia es que no entiendo qué venimos a hacer donde este cateto.

Había conocido a Henry, inglés nacido en el Brasil, la mañana anterior, mientras bebía un café y flirteaba con Hilda, la austríaca de la barra, en el Cellar Bar. Henry les había surgido por detrás, revelando un ingrato don de sorprender a la gente por las espaldas, y se había presentado como Presidente de la Sociedad Latinoamericana de la Universidad, e instalado a hablarles sobre Dom Pedro I, Emperador del Brasil.

Al reunírseles Gerardo —que al igual que Antonio se lo pasaba entonces la mayor parte del día en el Cellar—, Henry observó que no era infrecuente dar con chilenos de aspecto alemán, agregó que deseaba, que se había propuesto, conocer personalmente a todos los latinoamericanos y españoles en la universidad o las escuelas de lenguas, y los invitó para el día siguiente a tomar el té

en su colegio. Hizo una anotación en su libreta y partió.

—Será tieso —admitía Gerardo, que aceptara la invitación con entusiasmo, la primera que le hacía un estudiante a sus rooms—. Será tieso pero tiene clase y tal vez conozca niñas de sociedad.

Antonio enarcó las cejas. —¿Clase ese tío? A lo más es hijo de comerciantes ricos. ¡Y eso de que conozca chavalas, si conoce a la vieja que le limpia el cuarto por las mañanas ya es mucho! ¡Ni que hablar de chavalas de sociedad!

—¿Cómo sabes? —preguntó Gerardo, en su engreído vozarrón adolescente.

Antonio le palmoteó el hombro: —Te queda todavía mucho que aprender, mi chavalón.

Un destello de fiera alumbró los pequeños ojos de Gerardo. Se apresuró a cruzar la puerta del colegio y se adentró en el patio sin aguardar a Antonio, que pasaba a la portería a pedir las señas del cuarto de Mr. Henry Wooden. Antonio aborrecía esa manerita que tenían los porteros de mirar en menos a los extraños, y les hablaba arrogándose los aires, algo empobrecidos en su caso, de un embajador de Felipe II. El truco no fallaba. Un hombrecillo vestido de negro lo llevó junto a la hermosa capilla de piedra y bajo la delicada alquería lo condujo a lo largo del patio rayado por las luces de las ventanas de los estudiantes y le abrió un portón contiguo al refectorio. Dejaron atrás un pasillo y salieron a un jardín que se perdía de vista en la oscuridad.

—Straight on to the very end, sir —Antonio no entendió—. Yes, sir, to the end of the garden —especificó el portero. Luego hizo una reverencia y se esfumó por el pasillo.

Malísimo sería su inglés pero le permitía como a nadie arrancar cortesías a esos tíos. Recordó entonces que Gerardo se le había perdido. Volvió atrás. Flaco como una paja, el chileno aguardaba en el vano de una puerta en el ala opuesta del patio. La luz del interior lo iluminaba teatralmente por la espalda, recorriendo la desafiante boquilla de oro clavada entre sus labios. Hacía amplios movimientos de brazos como envolviéndose en una capa de undergraduate, imaginándose tal vez que era estudiante de la universidad. Antonio voceó su nombre. Gerardo dio un salto. Y vino hasta él, increpándolo por haberlo abandonado.

Al fondo del jardín se levantaba el edificio nuevo, "la torre", como la designara Henry. Era un edificio abierto en ventanales sobre una fachada que recedía en zigzag, con sus otras tres orientaciones cerradas por muros de ladrillo. Tomaron el ascensor, que los llevó hasta el último piso y mañosamente los trajo de vuelta a la planta baja. Subieron resignadamente por la escalera.

Henry echó una mirada a su reloj de pulsera mientras les recibía los abrigos. Gerardo, ocupado en celebrar la modernidad del edificio, no advirtió el gesto y Antonio, que sí lo advirtió, ofreció de mala gana Lucky Strike (de los que Beto, el mecánico portorriqueño, sacaba de contrabando de la base aérea norteamericana de Huntingdon).

—¿Fumas, Henry? —preguntó con sequedad.

Henry sonrió. No, no tenía vicios. Y se dispuso inmediatamente a preparar el té. Evidentemente, el retraso de sus invitados le había molestado y no deseaba que su estadía se prolongara más de lo necesario para conocerlos y producirles una impresión favorable. Antonio

alzó una punta de la cortina corrida y cayó en la cuenta del número de pisos que habían tenido que trepar por la escalera: atravesado en la distancia por las luces de Fen Causeway, un vasto campo zanjado de árboles se extendía bajo el cielo suciamente rosa.

Qué bien que viven estos tíos, se dijo, volviéndose hacia el pequeño y confortable cuarto calefaccionado. Gerardo entretanto se había acercado al estante repleto de autores griegos y latinos, cuyos nombres silabeó impresionado.

—¿Conoces *Las Canciones de Bilitis*, Enrique? —preguntó—. ¡Pucha que es fantástico ese libro!

El aludido le alcanzó una taza de porcelana y un platillo con galletas. No conocía ni de nombre *Las Canciones de Bilitis*. E insinuó que si no las conocía era porque no podía valer la pena conocerlas. Intimidado, Gerardo bebió un sorbo de té. Había leído esos cantos de amor lesbiano bajo la tapa de su banco de sexto año en el Colegio del Verbo Divino de Santiago. Y valían la pena. Pero no iba a discutir con un tipo tan culto. Bastaba mirarle todos esos libros para saber todo lo culto que era Henry.

Henry se echó atrás en un sillón junto a la mesa del té, como diciendo, "Ahora podemos empezar", e invitó a Gerardo y Antonio a tomar asiento en la estrecha cama dura adosada a la pared.

—¿Y duermes bien tú aquí? —inquirió Antonio, palpando desconfiadamente el mueble con los puños—. ¿No es esto muy incómodo?

—Duermo perfectamente —cortó Henry, sonriendo.

—¿Y cuando traes chavalas...? No me vengas a mí con historias: aquí no caben dos personas. Aquí apenas cabe tú durmiendo de perfil.

—Mira... —empezó Henry, en un tono conciliador que le permitiese disimular su turbación—, te sorpresaría confirmar lo bien diseñadas que están estas camas. Están *extraordinariamente* bien diseñadas. —Intentaba hacer su acento lo menos foráneo posible y si bien se daba a entender tolerablemente en español, su vocabulario y la construcción de sus frases adolecían de una irremisible inspiración inglesa y sólo de tarde en tarde (generalmente cuando se trataba de sonidos vocales) de algún rasgo portugués. Ofreció más té, más galletas, y sugirió, para salir del tema, poner algún disco brasileiro.—Tengo muchos discos de Villalobos. A Descoberta do Brasil, Bachianas Brasileiras, Quince Poemas Indígenas...

Con un mechón rubio colgando sobre la frente, Gerardo asentía a las tres proposiciones.

—¿Quién es ese Villa? ¿El mismo de que hablabas ayer? —preguntó Antonio—. ¿No tienes algo más conocido, Henry? ¿Un bossa nova?

—¡Buen dar con el ignorante grande! —saltó Gerardo—. Villalobos es lo más conocido que hay. ¿Verdad que es conocido, Enrique?

—En todas partes. Aunque pareciera que no en España...

—En Chile es sumamente conocido.

—¿En Chile...? —preguntó Henry con displicencia—. Hmm... interesante.

—Pero ponte mejor un bossa nova —pidió Gerardo—. Para que Antonio no se enoje.

Sonriendo con tolerancia, Henry puso un bossa nova y se quedó de pie junto al parlante del tocadiscos. Vestía su cuerpo lleno en un chaleco de cuello alto, una apretada chaqueta de corderoy y unos blue-jeans gastados, a la manera de los intensos rebeldes que fre-

cuentaban las reuniones del Labour Club. Por otra parte, sus tacillas, sus galletas y las copas talladas sobre la cómoda en torno al botellón de sherry (un botellón victoriano de cristal, adquirido de alguno de los anticuarios locales probablemente por no menos de £ 5) apuntaban a un intento de adaptar sus manierismos a la imagen clásica del Cambridge undergraduate — especie floreciente declarada extinta por los entendidos.

Cuando volvió a ocupar su sillón, su actitud se arrogó el volumen de un juez investido de formidable autoridad. Al poner una pierna sobre la otra fue como si el juez se hubiese quitado la peluca, como si oficiando en una causa menor en un país sin importancia demostrara con esa informalidad su intención de ser indulgente con los acusados. Pues lo que inició fue algo así como el interrogatorio preliminar a un juicio. El joven Gerardo lo recogió con vivo entusiasmo dada la oportunidad que le brindaba de hablar de sí mismo.

Llevaba tres meses estudiando inglés en Cambridge y quería dejar su academia por la Bell School, que era mejor y más exclusiva, casi tanto como la universidad misma, ¿no te parece, Henry? Chileno, claro que sí, era chileno por vientre y lomo, aunque sabía de sobra que no lo parecía. Su madre era chilena; su padre, que tenía un puestazo como jefe de la representación en Chile de una casa comercial alemana, era igualmente chileno. Un puestazo, sí. Él seguiría sus pasos y se preparaba actualmente en la oficina principal de la casa. En Munich. Cerca de un año llevaba ya como suché, ni más ni menos que como suché, como si fuera hijo de un pelotudo cualquiera. Eso era democracia. Claro que su padre le había conseguido un permiso de ocho meses para aprender inglés en Cambridge. Henry apro-

vechó la pausa y salió a hervir más agua en el anafe común del pasillo.

—¿Y tú, Antonio. . . —inquirió al volver, deteniendo con la mano a Gerardo, que se preparaba a extenderse en más detalles— qué haces en Cambridge?

Antonio bostezó con impaciencia. —Parece, hombre —repuso, alzando las cejas—, que nos has hecho venir para jugar a los detectives con nosotros. ¿Qué quieres saber de mí? ¿Yo? Yo vine hace ocho meses —mintió, guiñando un ojo a Gerardo—. Vine hace ocho meses a estudiar inglés y lo único que no hago es estudiar inglés. Trabajo de cocinero en St. John's College. Eso es todo. —Henry reocupó su sitio en el sillón.

Se dirigió a Gerardo.

—Podrías venir una vez entre otras a las reuniones de la Sociedad —le dijo, ignorando a Antonio.

Restregándose los ojos, Antonio interrumpió: —¿Qué "sociedad"?

—¡Hombre. . . ! —exclamó Gerardo—. Esa que él dirige. La de los sudamericanos.

Antonio emitió un gruñido.

Henry estiró las piernas.

Antonio le miró los pies. Le había dado por mirarle los pies a la gente. Los de Hilda, por ejemplo, en el Cellar Bar. Eran pequeños pies patéticos calzados en zapatos negros, uno de los cuales exhibía una partidura sobre el dedo chico. Uno nunca reparaba en los pies de las mujeres; uno les miraba primero la cara, luego los pechos, después las caderas y las piernas o las piernas y las caderas, jamás los pies. El de Hilda lo había hecho pensar en lo insatisfactorios que debían ser sus días, de diez-y-media a dos-y-media y de cinco-y-media a diez-y-media tras la barra sirviendo a ociosos como él, y pa-

sando el resto de su tiempo con ese suizo que llegaba a buscarla en un Austin y que nunca se quitaba el impermeable y el sombrero de tweed ni paraba de examinarse con solemnidad la caída de los pantalones. "La dura vida del hombre", le había dicho Antonio, pensando en su motoneta absurdamente extraviada y en que si la hubiese tenido todavía habría invitado a Hilda a dar una vuelta por Ely.

Henry hablaba de su Sociedad, y Gerardo, con la vista vagando por el techo, le prestaba oídos inatentos. Pero Henry quería impresionar a Antonio y lo mantenía bajo el rabillo de su ojo. Y Antonio, agradablemente consciente de ello, repasaba mentalmente los hechos que condujeran a la evaporación de su motoneta.

La Sociedad tenía su historia, no era cuestión de que Henry hubiese hecho el prestidigitador, extrayéndola de un sombrero de copa. Aunque, para decir las cosas tal como eran, él la había sacado de un mal paso. La Sociedad era como algunos ríos mitológicos, que se hundían cada cierto trecho para surgir después, en diversos sitios, con diversas caras, siguiendo diversos rumbos. Documentos de índole dudosa —subidas cuentas por barriles de cerveza y arriendo de orquestas— databan sus orígenes por allá por 1954. En 1956 aparecían los primeros programas impresos, denotando un saludable cambio de actividades: anunciaban charlas, exhibiciones cinematográficas y otras aventuras culturales. En 1958, bajo la presidencia de un argentino en Magdalene College, los programas evidenciaron una tendencia inquietante: contra una charla única se realizaron dos veladas sociales con música y vino —probablemente chileno, Gerardo— y dos bailes formales en traje de noche por bimestre. Sucedió luego un período de oscuridad res-

pecto del cual se logró, mediante fuentes orales, determinar la existencia esporádica de grupos de estudiantes antillanos que, bajo el nombre de *Informal Group for Latin American Research*, se reunían a jugar poker y escuchar discos de la Sonora Matancera, sin duda alguna en compañía de escandinavos, en un local subterráneo cerca de Broad Street. Unos mexicanos y venezolanos la habían vuelto más tarde a la luz del día, aparentemente con el solo propósito concreto de invitar a Salvador de Madariaga a darles una conferencia que el ilustre personaje nunca dio. Por último vino el bullado escándalo del húngaro, un descarriado idealista melencólico que afirmaba haber nacido en el Paraguay. Sin decir agua va, el húngaro se apoderó un buen día de los registros de socios, hizo imprimir tarjetas en las que su propio nombre figuraba como chairman y en un dos por tres convirtió la sociedad en un centro de agitación marxista.

—Una noche los archivos y un pote de tinta aparecieron en mi pieza —decía Henry apoyado en la cómoda— con una nota del húngaro en que pedía que me hiciera cargo del pastel (esto lo dijo con satisfacción: era un coloquialismo acertado) y me explicaba que la tinta "había sido comprada con fondos de la sociedad".

Gerardo frunció el ceño.

—¿Y qué fue del húngaro? —preguntó Antonio.

—Se lo tragó la terra —dijo Henry.

Gerardo mantuvo el ceño fruncido y apretó su boquilla: a todo hombre serio la sola mención de un marxista le agriaba el buen humor. Y Henry consultó, esta vez con disimulo, su reloj: le quedaban aún unos minutos de la hora que había destinado para conocer al español y al chileno, y algo desentumecido por

su propio relato, casi deseó que fuesen algunos más.
—¿Y qué haces tú con esa sociedad, ahora que la tienes a tu cargo? —aventuró Antonio.

—Nunca antes ha sido mejor —respondió Henry, tomando ominosamente un cuaderno negro de junto al botellón victoriano. Una expresión de súplica emergió del fondo de sus facciones mientras abría el cuaderno—. ¿Les interesaría convertirse en miembros? Nos reunimos todas las semanas, en...

—¿Se reúnen para...?

Una luz de malicia brillaba en los ojos de Antonio, que sacó otra vez sus Lucky Strike.

—Para escuchar conferencias sobre temas latinoamericanos a cargo de expertos prestigiosos. Este término, term ¿bimestre? hemos tenido una sobre el petróleo en la Patagonia, otra...

—¿...la Patagonia? —musitó Gerardo—. Humm, eso es Chile...

—...otra sobre la poesía de Jorge de Lima, otra sobre los galeones coloniales en el Caribe, ésa te habría interesado Antonio.

—¿A mí? ¿Por qué a mí?

—Bueno, ¿no eres español?

Antonio bostezó con impaciencia. —Parece, hombre que habitualmente sonreía reveló otra vez una nota de súplica.

—Mira, Henry —repuso Antonio, pasándose la lengua por los labios—: a mí no me convences de que me haga miembro de tu sociedad. ¡Qué va! ¿Te crees que yo tengo estómago para tragarme esos bodrios?

—Dame, por lo menos, tu dirección para mantenerte informado. Quizás algo de lo que hacemos en el futuro te interese...

Antonio tuvo una sensación extraña. El rostro y la voz de Henry imploraban abiertamente ahora.

Sintió como si su burlona reticencia hubiese bajado al juez a palos de su alto sitio y lo estuviese exhibiendo desnudo en la plaza pública. De pronto creyó haber padecido una ilusión: Henry había vuelto en menos de un instante a ser el mismo de siempre, con una sonrisa irónica aposentada en su cara impasible.

Henry obtuvo al fin sus nombres y su dirección—ambos vivían en la casa del polaco de Newmarket Road— y puso tranquilizado el cuaderno junto al botellón sobre la cómoda.

2. En los días que siguieron Henry los bombardeó, perversamente eficiente, con circulares mimeografiadas anunciando sus conferencias. La tinta esponjosa del roneo en las páginas impresas parecía delinear turbiamente los contornos de su rostro, amonestándolos por dar la espalda a la noble causa del mejor conocimiento entre los pueblos, vueltos como vivían hacia la más tangible de rondar el Kenya, el Whim y el Cellar Bar en busca de muchachas. Antonio ya no abría los sobres dirigidos a "Antonio Pavón de Meneses, Esq.". ¡Esq.! ¿Qué significaba eso, qué demonios significaba eso, agregado al nombre de un español? Gerardo, en cambio, miraba las letras embobado, silabeando lentamente la palabra, esqui-re. Antonio los rasgaba sin mayores miramientos y los tiraba al tarro basurero. Pero no podía hacer lo mismo con la persona de Henry, a quien le había dado por frecuentar sus predios de caza, exhibiendo su absoluta inconsciencia respecto al efecto que causaba, interrumpiendo las conversaciones con noticias americanas

que parecían no tener otro objeto que llamar la atención sobre su solitaria persona, saludando gente que lo dejaba con la mano estirada.

Antonio tenía presente que pese a todo lo que Henry había hablado esa tarde del té, sólo sabían de él que era un inglés empeñado en tomarse en serio eso de haber nacido en el Brasil. Esto le creaba la sensación de que, por saber más de ellos que ellos de él, Henry les llevaba ventaja. Sin embargo, instintivamente sabía de Henry mucho más de lo que éste se imaginaba. No tenía en claro qué era lo que sabía. En cualquier caso, lo hacía sentir hacia Henry una hostil piedad. Se lo topaba en todas partes, siempre ávido por acercársele. No a Gerardo sino a él, y siempre con ese aire que a pesar de lo irónico no le permitía olvidar y lo instaba a buscar la latente expresión de súplica. Era como si buscando por allí pudiera aclararse a sí mismo lo que sabía.

Salía del Cellar Bar a su trabajo en St. John's y veía a Henry ante la vitrina de la contigua librería Heffer's. Cruzaba la plaza del mercado con una noruega para ver en el Victoria un film de cow-boy y Henry surgía del urinario público con un aire en las manos de haber concluido recién de abotonarse la bragueta. Discutía con el discutiador Gerardo la posibilidad de llevarse a Elizabetta a la cama y Henry aparecía sentado entre los dos con una voraz y confusa sonrisa en las mejillas.

Osvaldo, el venezolano que llevaba ya dos años planeando iniciar sus estudios de ingeniería aeronáutica en Londres, empezó a aborrecerlo. Y lo aborreció Arturo, el ecuatoriano que "para desarrollar su mente" estudiaba español en Cambridge. Y también Roberto, el pequeño veterinario peruano. Y Carlitos, el colombiano casado

por accidente con una suiza, "casado pero no capado", como declaraba con mucho orgullo. Y también el contrabandista portorriqueño Beto, aborrecido él por todo el mundo. Ante semejante ola de animosidad, Antonio sintió agitarse vagos impulsos quijotescos en su alma castellana. No obstante, llegó un momento en que escapaba de los bares cuando entraba Henry, se metía a las tiendas cuando Henry venía por la calle, se ocultaba tras los autos, se subía a los taxis, se cambiaba de sitio en los cines, se escondía en las capillas. Parte de lo que sabía era que Henry no lo buscaba para juzgarlo y sin embargo Henry se le había convertido en el más lacerante de los jueces. Cierta noche soñó con Henry, metido en una peluca judicial como en un baño del que salía chorreando crines grises y rascándose sarcásticamente los sobacos. Despertó resuelto a dejar Cambridge y esa viscosa ociosidad en que Cambridge lo sumía, a imponer de inmediato un rumbo positivo a su vida. Pero el humo benéfico de un cigarrillo lo acabó de despertar, poniéndole de nuevo los pies sobre la tierra. Tenía que aprender inglés primero, a eso había venido, y para aprenderlo tenía que estudiar y, ¿cómo estudiar sin encontrar primero una mujer que le diera la paz de espíritu que todo hombre necesitaba para dedicarse al estudio?

Una mañana, en el Cellar Bar, Henry logró cogerlo antes de que escapara. Traía consigo un aire de muerte.

—Estoy depresado —dijo, acodándose en el mesón.

Antonio frunció el ceño, buscó dinero en sus bolsillos y no encontrando más que para un café pidió, malhumorado, un café.

—Me han hurtado 50 libras —dijo Henry con cierto dramatismo.

El rostro de Antonio se iluminó de interés.

—¿Cómo así? —preguntó.

—Acabo de pasar al Banco a pedir mi estamento de cuenta —explicó Henry—, y he descubierto que me restan 50 libras menos de lo que pensaba.

—¿Te las habrás gastado en una juerga, Henry...?

Henry ignoró la interrupción. —Examiné mi libreto —continuó—, y vi en blanco el talón de un cheque. Serie A, número 071166. Me sorprendió, nunca dejo de anotar en el talón la cantidad que retiro. Pedí ver mis cheques y tal como sospechaba, el correspondiente a ese talón era uno por 50 libras al portador, con fecha 4 de diciembre. Llegué a pensar que lo había signado yo mismo...

—¿Tú, Henry?

—La firma es una falsificación —prosiguió Henry— casi perfecta de la mía. Hay sólo una diferencia perceptible: la curva de la W. —Cogió una servilleta de papel, sacó un lápiz del bolsillo y explicó gráficamente:— Ha sido alguien que ha estudiado mi signatura, probablemente alguien que me sabe de cerca. Y desde luego, el cheque lo ha hurtado de mi cuarto.

—O sea que Gerardo y yo estamos entre los sospechosos —dijo Antonio riendo.

Henry se ruborizó. —¿Gerardo y tú? ¿Por qué?

—Porque conocemos tu cuarto y conocemos el camino...

Quedó escudriñando a Henry en los ojos, pero no por mucho tiempo. Alguien vino hasta la barra y se interpuso entre ambos. Era Beto, el portorriqueño. Chico, rumboso, tenía ojos brillantes y mezquinos, vestía un impecable abrigo azul y llevaba paraguas al brazo. Preguntó si se había visto a la francesa, la francesa con

quien saliera la noche anterior, esa pelirroja tetona. Antonio no sabía nada.

—Se me perdió la mierda —dijo Beto enrabiado. Ofreció un whisky a Antonio, midió a Henry de alto a bajo—. ¿Este está contigo? —preguntó al español y pidió desdeñosamente tres whiskies, que Hilda le sirvió de mala gana. Bebió el suyo de un sorbo y palmoteando las espaldas de Antonio y Henry quiso saber de qué hablaban.

—De un robo —dijo Antonio sin extenderse en pormenores. La francesa apareció en el bar, balanceándose entre los asientos vacíos bajo las luces naranjas. Al ver a Beto dio media vuelta y escapó hacia la escalera. Beto dejó el vaso en la barra y salió al instante en su siga.

Antonio hizo una mueca. —A ese pajarraco le va a pasar más de algo uno de estos días —murmuró—. Sigue con tu tragedia, Henry.

—Cuando el talonario no está en mi poquete —prosiguió éste, con cierta desesperación abriéndose paso en su voz—, está en el cajón de la cómoda en que tengo el botello de sherry. El ladrón ha sido alguien que se ha tomado el tareo de seguir mis movimientos —mientras tú te tomabas el de seguir los míos, reflexionó Antonio—, alguien que sabe cuándo entro y salo de mi cuarto. Quizá hasta es uno amigo, uno nunca sabe...

Antonio se desembarazó de cierta molestia interior. Le repugnaba la idea de que Henry lo pudiese incluir entre los sospechosos. Pero no, no podía incluirlo a él. Él había estado apenas una vez en su cuarto. Además, Henry apelaba directamente a su simpatía. Esa expresión que deshacía sus ínfulas judiciales estaba otra vez ahí en su rostro.

—Bueno, bueno —dijo. Ahora podía él, hombre de mundo, mostrarle quién era el que mejor sabía cómo tomar las cosas—. Bueno, bueno, no te echés a morir, chaval.

Pobre Henry. 50 libras de menos eran al fin y al cabo 50 libras de menos. Tuvo deseos de invitarle una copa. Si Henry hubiese sido uno de esos aturdidos que dejan tirado hasta lo que llevan puesto... pero era tan ordenado, tan tristemente sistemático. Buscó otra vez en sus bolsillos. No le quedaba un cobre. Alargó una mano y tomó a Henry por el codo. Él sabría enseñarle cómo tomar las cosas.

Gerardo era el que más reía al verlo con Henry. Pero Gerardo había cambiado mucho en las últimas semanas. Si a comienzos del term había sido uña y carne con Antonio —no por otra razón Antonio lo llevó a vivir donde el polaco— y si entonces pasaban día y noche juntos, siguiendo a muchachas, jugando poker y viendo malas películas en los cines, ahora Gerardo lo evadía deliberadamente. Ya no le parecía pintoresco que trabajara de cocinero y anduviera siempre quebrado. No bajaba tampoco al Cellar Bar, prefiriendo quedarse en el Stable Bar, donde se reunían los grandes del mundo subdesarrollado, alumnos en su mayoría de la Bell School, que tanto lo fascinara al llegar a Cambridge. También había hijos de industriales milaneses y de comerciantes parisinos en "el grupo", como decía Gerardo, de magnates árabes y persas, españoles aristócratas y terratenientes sudamericanos. Y también ingleses, que flotaban desde los Colleges de Trinity y Magdalene. Se vestían de noche tres o cuatro veces por semana y acumulaban buena parte de los autos de sport que había en la ciudad. Cuando se trataba de ganar una muchacha y un Alfa Romeo no era suficiente contra

un MG, venían las flores, las invitaciones a cenar y las pulseras de oro, que nadie en verdad llegaba al extremo de regalar de hecho, siendo suficiente dar a entender con ruido que si a uno le daba la gana podía hacerlo sin un pestañeo.

No era que Antonio le hiciese ascos a esa vida; era simplemente que su paga de cocinero le permitía nada más que mirarla a través del ojo de las cerraduras, de las puertas entreabiertas, rondándola en puntillas. El Cellar Bar, al que su bolsillo lo mantenía atado, era otro mundo. Allí acudían las festivas teutonas y escandinavas que debían trabajar de au pair para pagar su estada en Cambridge. Llegaban, como todo el mundo, para aprender inglés en las escuelas de lenguas, seducidas en el fondo por la esperanza de relacionarse con algún glamoroso miembro joven del ancestral establecimiento universitario. Con frecuencia retornaban a sus nórdicas brumas sin haber logrado nada parecido. El advenimiento de los galanes ingleses solía ser tardío y las impacientes cedían al veloz asedio de sujetos llegados (como ellas) a estudiar inglés, desde las más diversas e impensadas regiones del globo. Con su desastroso inglés, Antonio se veía reducido a gesticular facial y manualmente para abrirse paso entre la horda de rivales lingüísticamente más diestros. Así y todo, llegaba más lejos que muchos. Poder hablar y saber qué decir eran cosas muy distintas.

En cuanto a Gerardo, la deserción de estas amistades y el cultivo de las nuevas acentuaron su tendencia a mirarse en los espejos y celebrar la imagen que le devolvían, acentuando irresistiblemente su necesidad de que le hicieran coro en las celebraciones. Se había comprado cantidades de ropa a la medida y una lámpara para darse baños de luz ultravioleta. Quería, en pleno invierno,

crear la imposible sensación de que venía llegando de la playa. Y si había una mujer en un grupo de hombres, se salía de madre por dar la impresión de que la mujer estaba con él. Cierta vez no reparó en que la danesa a la que ofrecía unos largos cigarros holandeses y describía el paisaje marítimo de Chile invitándola a cenar a Le Jardin, tenía los pies de Antonio entrelazados a los suyos bajo la mesa. Cuando las risas de los presentes sacaron a Gerardo de su inocencia, éste enrojeció como un tomate. Y Antonio supo que no podía sino esperar una pequeña venganza de su parte.

—Mira, chaval —dijo a Henry una tarde en el Cellar—. En la vida pasan cosas peores que lo de tus 50 libras. —Estaba en el mejor de los humores. No sólo había encontrado una mujer la noche antes y casi otra más esa mañana, sino que juzgaba ejemplares los progresos de Henry en el arte de no ahuyentar a la gente de su alrededor. No era que los demás hubiesen disminuido sus protestas; era que él mismo ya no protestaba y eso le parecía suficiente. Claro que el joven "brasileiro" debía todavía ser administrado en dosis mínimas. De otro modo toda la campaña podía venirse al suelo. Por eso lo había traído al Cellar, discretamente, a una hora en que no hubiera nadie.

Henry vio venir una historia. —¿Cómo qué? —preguntó deseoso de oírla.

—Sin ir más lejos, lo de mi motoneta. Nunca me has preguntado cómo fue eso de mi motoneta. Pues te lo voy a contar. Un día viene un tío, un gallego que trabaja en el restaurante Bombay, y me la pide. Que tiene una finlandesa para esa noche y tal, que quiere darse humos ahí, que si le presto la Vespa. Y yo, el muy cojonudo, voy y le paso las llaves. Toma, Ernesto, le digo, y que te salga

el plan. Se va el gallego, pasan tres días, pasa un cuarto día, me lo encuentro en el International Centre y le pregunto: ¿Qué tal el plan? Bien, me dice, folla que es de rechupa. Gracias por la Vespa, hombre. ¿Y la Vespa?, le pregunto, ¿qué me la has hecho? Mira, hombre, me dice, mira Antonio, la Vespa... la Vespa me la han robado. ¡Cómo!, le digo yo. ¿Te la han robado, la Vespa? Eso, me dice el tío, eso mismo: me la han robado. ¡Hombre!, le digo. Eso, me dice el gallego. ¿Y no me habías dicho palabra?, le pregunto yo. Nada, cómo te iba a decir palabra si no te he visto por ningún lado. ¿Y me has buscado mucho?, le pregunto. Vamos, me dice, esperaba encontrarte aquí. Pero tú sabes donde vivo, le digo yo. Es claro, me responde, pero también sé que paras mucho por aquí. Y bueno, cansado ya, ¿cómo te la han robado? Pues, me responde, me la han robado; cómo no lo sé. La noche de marras dejó la motoneta parqueada enfrente del piso de la chavala, salgo a la mañana siguiente y la motoneta se ha esfumado. ¿Sabes adónde vive la chavala? Por allá por Cherry Hinton, en el fin del mundo. ¿Sabes lo que es caminar a pie toda esa distancia hasta acá, hasta Chesterton Road, a las seis de la madrugada? Vamos, creí que me convertía en un témpano de hielo.

—Pero... —preguntó Henry desconcertado—, pero... ¿no te dio el carácter ninguna otra explicación? ¿Cómo sabes si no es él mismo el autor del hurto? ¿No me dices que es garzón del Bombay? Seguramente es un muerto de hambre.

—Eso es —repuso Antonio—. Es un muerto de hambre.

—¿Y...? —preguntó Henry—. ¿Qué esperas? Antonio no comprendió. —¿Qué espero para qué?

—¡Para deanunciarlo! —exclamó Henry—. ¿Para qué va a ser? Si no das la noticia a la policía actúas de un modo tan irresponsable como él.

—Es que mira, Henry, no te afanes, si he dado el parte, es que mira tú: el galleguito este es un infeliz. Vamos, incluso se le vence el pasaporte en estos días. Cuando di el parte, vamos, dije que *yo* había dejado la motoneta donde el tío afirma que la dejó él, ¿entiendes? Pero a él no lo mencioné. Además, la policía trata mal a los españoles que aparecen por aquí sin tener dónde caerse muertos. Uno escucha historias, ¿sabes?

—¿Qué? ¿Les pegan? ¿Los apalean? ¿La policía *inglesa*?

—Yo no sé qué les hacen. Pero los quieren mal.

—Eres todo un caballero español.

—¿Qué habrías hecho tú en mi sitio?

—¿Yo? Yo lo denuncio derecho al minuto.

—¿A ese pobre diablo? ¿A un pobre diablo —preguntó Antonio con candor—, que no tiene un céntimo ni habla jota de inglés y que, si quieres que te diga lo que pienso, te aseguro que es inocente?

—Eres todo un caballero español —repitió Henry con sorna—. Indulgente con los pobres e irresponsable con los bienes materiales.

Antonio puso las palmas de las manos en el canto de la barra e hizo una flexión de brazos. Pero la satisfacción le duró poco: Henry no iba a dejar intacto el punto vulnerable que acababa de mostrar.

—Así son —prosiguió, balanceando el cuerpo en las puntas de los pies—, así son cuando no los amenazan con quitarles lo que han rechazado a dar, como ocurrió allá por... ¿cuándo fue que tuvo sitio esa sórdida conflagración interna de ustedes?

—Qué conflagración ni perro muerto —replicó Antonio con rapidez—. Miren quién me viene con conflagraciones. ¿No eres nacido en el Brasil tú? ¿No tienes pasaporte brasileiro? Lo único que saben ustedes los sudamericanos es colgar coroneles de los árboles y... Y los cuelgan desde arriba porque ustedes mismos todavía no se bajan. Mira, Henry —continuó—, ¿te has mirado alguna vez al espejo? Tienes la frente así de corta, los brazos asá de largos y una quijada de mono que espanta a los niños por las calles. —Se detuvo en seco.

Pero los ojos de Henry ya brillaban de rabia contenida.

—Observación irrelevante —dijo con frialdad.

—Hombre, Henry, hablaba en general, no me entiendas...

—Observación irrelevante. Cuando aprenda inglés podemos hablar de estas cosas de igual a igual. Hay que conocer inglés para salir del punto de vista subjetivo. A propósito, Antonio —y la voz se le curvó de ironía—, Gerardo me dijo que llevabas dos años en Cambridge y no ocho meses como le dices a todo el globo. Es interesante que te preocupes de ocultar el tiempo que te ha tomado llegar a decir yes.

Dicho lo cual, dio media vuelta y se alejó hacia la escalera, ofreciendo a los ojos asombrados, ofendidos, irritados, de Antonio una espalda llena de dignidad.

3. Antonio caminaba por Trinity Street. La luz del sol de mediodía alegraba el paso de los transeúntes entumidos, relumbrando en los escaparates de las tiendas y en las ventanas de los pisos altos, de cuya existencia —por ir siempre mirando a las muchachas en las aceras— Antonio había vivido hasta entonces inadvertido. Fue con

disgusto que alzó un brazo para saludar a Henry, que le hacía señas urgentes desde la ventana de una buhardilla. Le gritaba algo. Antonio hizo pantalla en las orejas con las manos, pero el ruido de los coches en la calle le impidió oír palabra. ¿Qué sería lo que Henry quería ahora? Gerardo, por supuesto, había negado haber desencubierto su engaño a Henry. Quizá éste quería amistad de nuevo. Pero el sol sacaba muchachas a la calle. Estuvo un rato haciendo como que persistía en querer oír lo que Henry le gritaba. Muchachas que normalmente no se veían en parte alguna, universitarias que iban a las bibliotecas o se quedaban trabajando el día entero en sus cuartos. Pasaban en grupos, los duffle-coats flotando en sus cuerpos delgados, los cabellos largos y lisos, un aire entre aséptico y sucio en la pálida piel sin pintura de sus rostros. Los pies de Antonio se pusieron en movimiento. Casi sin notarlo, Antonio dejó atrás el Cellar Bar y el Centro International y se vio doblando por una callejuela. Ya volvería a ver a Henry. Ahora iba detrás de una inglesa en blue-jeans y chaquetón negro que le había rozado el cuerpo al adelantársele en la acera, se había vuelto a mirarlo con una mano en el cabello y caminaba adelante arrastrando, como una capa, una bolsa con libros por el suelo. Antonio imaginó una curiosa reversión de papeles que ciertamente le agradó: la abordaría él, con cualquier pretexto: un comentario sobre el sol o un café en un restaurante; pero la mañana concluiría en el cuarto de ella. Habría un intermedio en que comerían sándwiches y a eso de las cuatro o cinco, aduciendo una supervisión, una clase, una amiga invitada a tomar té, la muchacha empezaría a vestirse. Antonio la imitaría, con la sensación de que debería haber cobrado por sus servicios. La muchacha lo pondría luego en la puerta, lo

despediría con un beso apresurado y si te he visto no me acuerdo.

La muchacha se había detenido ante la vidriera de una pequeña tienda, donde no era mucho lo que había que ver, y Antonio se le acercó. Ella fue hasta la puerta, él se la abrió, sintiendo un grato cosquilleo entre las piernas, sin quitarle la vista de los ojos claros. La muchacha entró. Antonio se aprestaba a pasar tras ella cuando lo tocó un golpecito pegajoso en el codo y una voz lo llamó por su nombre. Antonio se encogió, sintiendo como si de su espalda creciera una joroba, ofensiva y asquerosa, como un montón de basura destinado a espantar entrometidos.

Henry se la tocó.

Antonio se volvió con furia y desesperación. Ahí estaba Henry, sus manos en los bolsillos. Pero no se balanceaba en los pies. Venía con cara de pecador lleno del placer del arrepentimiento.

—Escucha Antonio...

—¿Qué pasa? —preguntó Antonio con rudeza, un ardor en las palmas de las manos.

Henry palideció. Antonio se cruzó de brazos. Si Henry traía propósitos confesionales, ahora prefirió callarlos. Empezó a balancearse en los pies. Antonio aguardaba. Algo diría el brasileiro. Y frustrado por su incapacidad de manejar la situación, Henry habló.

—Ayer hubo una reunión de gran interesante —dijo—. Vino el profesor Pewster, de la Universidad de Cardiff y dictó una charla sobre... Recién estuvo en Bolivia y...

La mano derecha de Antonio cayó como una tenaza sobre el hombro de Henry. Éste continuó hablando. Las ideas de Pewster parecían girar sobre la convicción de que América Latina era el continente del futuro, hecho

al que nadie en Gran Bretaña... La mano sacudió a Henry. La voz se apagó al fin. Antonio creyó ver una nube en los ojos de Henry. Quitó la mano y se la examinó, como para cerciorarse de que ningún pedacito de su perseguidor hubiese quedado adherido a ella. Henry dio un paso atrás. Antonio giró el rostro. La muchacha ya no estaba. Se alejaba por Sidney Street en la dirección del puente.

—¿Para hablarme de ese Miawster me seguiste? —preguntó Antonio roncamente—. ¿Ves lo que me has hecho, imbécil?

Henry quiso dar otro paso atrás y quizá escapar. Pero no podía perder su dignidad a ese extremo. Aventuró un medio paso hacia adelante. —¿Qué cosa? —balbuceó.

Antonio se cogió la cabeza a dos manos.

—Una mujer es una mujer —espetó—. Una mujer es una mujer, ¿entiendes?

Henry intentó vanamente sonreír.

—¿De qué te ríes?

—No me río —repuso Henry, haciendo por reprimir unos temblores que le subían y le bajaban por el pecho. Tuvo la idea salvadora de mirarse las puntas de los zapatos.

—Tú no entiendes nada.

Henry alzó los ojos y volvió a mirarse las puntas de los zapatos.

—Medio flaca sería pero, vamos, ya eres un grandulón.

Henry tentó una sonrisa.

Antonio se echó a reír.

—Vamos a bebernos un café —dijo al fin—. ¿Y me puedes decir a qué venías?

Las piernas de Henry flaquearon un poco.

—No te asustes, chaval —dijo paternalmente Anto-

nio—. Díme a qué venías. ¿Querías, vamos, arreglar lo del otro día? ¿O querías que te presentara a la chavalilla esa del chaquetón negro?

Henry no dejó pasar la oportunidad.

—Sí —mintió confusamente—. Venía un poco por las dos cosas.

Antonio rió de nuevo, con gran satisfacción. Sacó cigarrillos. —Fuma, Henry, hombre. Ahora vas progresando de verdad. Fuma. El Whim está lleno de chavalas a esta hora. Vamos al Whim.

El peligro había pasado. Henry aceptó un cigarrillo. Antonio tiró el paquete vacío. Caminaron por Green Street. Antonio se detuvo ante una vidriera a mirar unos encendedores. Luego ante otra a mirar bufandas. Por último entró a una tabaquería por más cigarrillos. Al salir codeó a Henry. —¿Ves a ese tío que cruza la esquina?

Henry vio al gallego, empaquetado en un abrigo gris, hacerse humo al darse cuenta que lo miraban.

Ambos se echaron a reír.

—Es que va tarde al trabajo —dijo Antonio—. Ese tío es un fresco. ¿Sabes, Henry, que hace un tiempo estuve a punto de pedirte que me acompañaras a la policía a modificar el parte? Podríamos ir uno de estos días.

Henry no supo si hablaba en serio. —¿Hablas en serio? —preguntó—. Podría prestarse para situaciones incómodas.

—¿Incómodas?

Henry asintió, pensando que debió haber callado.

—No te entiendo.

Ya estaba otra vez en complicaciones. —La policía vino en estos días en mi pieza.

—¿Y eso qué tiene que ver?

No le quedó más que seguir adelante. —Vino en mi pieza acerca de lo del cheque. Y si voy en el cuartel creerán que es por lo del cheque.

—Y eso qué tiene que ver —repitió Antonio—. Basta con que les digas en tu bonito inglés que no vas por lo del cheque, sino por lo de la motoneta.

Henry hizo un esfuerzo que le dificultó la respiración y se decidió a largar lo que tenía adentro:

—Mira aquí, Antonio. . .

—Hablaba en broma, chaval —exclamó Antonio—. ¡Qué voy a joder a ese pobre ave! —Sin quitarse las manos, enguantadas de los bolsillos, empujó con el hombro la puerta del Whim y caminó ligeramente, seguido por un Henry lleno de presentimientos ominosos, hasta el fondo del corredor.

—Cagamba —saludó una alemana, al tiempo que cogía un pastel del mostrador.

—Gud afternoon, Helmtrud —repuso Antonio. Y mientras abría la cremallera de su casaca roja, la besó en la mejilla empolvada—. Dis is my frend and poopil Henry, from Brasil.

—¿Pupil. . .? —Helmtrud echó una risita.

Henry inclinó la cabeza, ruborizado. —Dis way —le dijo Antonio, enlazando a la alemana por la cintura. Helmtrud salía con un francés de Arras, pero lo dejaba besarla en los labios en las fiestas. Todo era cuestión de que el francés se descuidara lo suficiente.

Se abrieron paso entre las mesas llenas de gente. La sala de té estaba azulosa por el humo de los cigarrillos y espesa de voces extranjeras. Gerardo no llegaba aún a la mesa de los sudamericanos. Le sorprendería verlo otra vez con Henry. Osvaldo se llevó los dedos regordetes a la cara al verlos juntos, un anillo de oro en el anular

derecho y otro en el meñique izquierdo, una piedra roja en cada anillo.

Tomaron asiento. Antonio suspiró extravagantemente. Helmtrud le tocó la punta de la nariz con el dedo.

—¿Qué pasa, Antonio?

—La dura vida del hombre, my lov.

La muchacha alejó el busto del rostro demasiado próximo de Antonio y se apoyó en la espalda de Roberto, alcanzando a escucharle el final de una anécdota en la que Beto se comportaba como un cerdo. Guiñó un ojo a Antonio.

Henry se preguntó qué hacía ahí. Antonio lo había olvidado por completo, aún no le presentaba a las muchachas. Dio una profunda chupada a su cigarrillo y cerró los ojos. Roberto tendió un brazo sobre el hombro de Helmtrud y le dijo algo al oído. Henry alcanzó a coger la voz asordada de Osvaldo.

—¿Para qué traes asnos al grupo?

Abrió los ojos al instante. Antonio no había escuchado. Conversaba con Erika, una alemana de pechos rubensianos. Tenía entre sus dedos una cola de liebre que Erika llevaba colgada al cuello. Viene del Rin, se dijo Henry.

—¿Por qué es tan dura la vida del hombre, Anntonio?

Helmtrud recuperó la atención del español. Éste giró el rostro hacia ella, sin soltar la cola de Erika. Examinó una cicatriz en el entrecejo de Helmtrud.

—El beso de la muerte, my lov —dijo.

Las muchachas rieron abrazándolo. La cabeza de Antonio desapareció un momento bajo dos plumones rubios.

—¿Hay ombúes en Hamburgo, Helmtrud? La muerte te besó al caerte de un ombú.

—¿Qué?

La cabeza volvió a desaparecer entre los plumones.

—No. No creo que haya ombúes. Vamos, pero hay pinos, ¿no es verdad?

—¡Sí! —exclamó Erika—. Por supuesto que hay pinos. ¿Pero, qué es un...? Ah, ya sé: es lo que hace dura la vida del hombre en España.

—Lo que hace dura la vida del hombre en España es el tío ese que se nos plantó encima —Henry puso oídos—. Un ombú es otra cosa, bombones. Un ombú es un mico que habita las selvas de Venezuela.

Bajo las carcajadas de los sudamericanos, Henry empezó a resentir eso de que Antonio lo hubiera llamado su pupilo.

—Bueno, bombones —dijo Antonio de pronto, poniéndose serio—. Basta de juegos. Erika, ¿conoces a mi amigo Henry? Henry viene del Brasil.

Erika no juzgó el detalle mayormente interesante.

—Salud, niña —dijo Antonio poniéndose de pie e invitando a Ivonne a ocupar una punta de su silla.

—Este es Henry. Un amigo inglés nacido en el Brasil.

Tampoco obtuvo resultado. Ivonne había visto a Horst Bucholz la tarde anterior en "Los Siete Magníficos" y eso se llevó la conversación general. Los plumones rubios se cruzaban ahora ante Ivonne y Antonio, que echaba miradas inquietas a Henry.

Ivonne fue luego a sentarse junto a Roberto, que también había visto "Los Siete Magníficos".

—I like the... oye Carlitos, ¿cómo se dice "pelado"?

—¿Pelado? ¿De "pelar"...? Peeled.

—Bald —intervino audazmente Henry—. Aunque no es exactamente esa la...

Roberto hizo un floreteo con la mano. —I like the peeled one, Ivonne, I like Yul Brinner.

—¿The what...? —Ivonne rió de buena gana.

—¿Qué me hiciste decir, tarado!

Tumbado el busto sobre la mesa junto al de Greta, Carlitos pestañeó.

Henry explicó la confusión de términos. Ivonne aguardó hasta el final mordisqueándose la uña del meñique.

—I see —dijo—, tenk you. —Y se volvió hacia Osvaldo. También había visto "Golfinger".

Todos intervinieron con entusiasmo. Antonio se puso en pie y actuó la escena en que Bond capta en el iris del ojo de una bella desnuda en sus brazos la terrible imagen de un rufián pronto a caerle por detrás armado de un garrote. Reparó en Henry, olvidado contra el respaldo de su silla. La breve distracción habría bastado para que el rufián despedazara a Bond. Dio término al acto velozmente y se tumbó en su silla.

—Vamos, Henry —habló—. Se ve que no eres como ellos.

Henry mostró los dientes.

—Cuéntame qué haces ahora. En qué trabajas.

—Aristóteles —contestó Henry, la voz cargada de frustración—. ¿Te interesa?

—No me vengas a mí con ese tío, chaval.

El furor vengativo ardiendo en su interior, Henry apenas contuvo el deseo de embarcarse en una disquisición sobre Aristóteles. Quizá la prudente inquietud con que Antonio lo miraba le sirvió de dique.

Alguien había escuchado la mención de Aristóteles.

—Este pendejo se equivocó de onda —murmuró una voz.

Greta contó que se lo había pasado el verano sacándole el quite a Henry en el Kenya. No había nadie en todo Cambridge y el café pasaba desierto. Henry la

miraba servir con ávida atención, pero como quien mira a un palo de escoba. Parecía volverse loco por los palos de escoba.

—Peruano, quita esa mano —advirtió Antonio, dando una palmada a Roberto, que tentaba la cintura de Helmtrud—. ¡Qué se habrá creído este tío! —exclamó, mientras miraba con irritación a Greta. Qué tenía que ponerse la papanatas a abochornar a su amigo Henry. Enredó a Roberto en una escaramuza manual que atrajo la atención de la mesa sobre las complacidas risitas de Helmtrud. Guiñó el ojo izquierdo y luego el derecho. Se puso a enhebrar guiños con extraordinaria rapidez. La alemana se deshizo de Roberto y preguntó:

—¿Anything wrong, Anntonio?

—Noting —contestó Antonio—. I am ill of lov for you —se aplastó los párpados con las yemas de los dedos—. No gud. You see? —Retiró los dedos, librando los guiños a un baile desatado.

—Little fool —rió Helmtrud, aplastando el plumón rubio en el hombro de Antonio.

—Sale para allá, pendejo —dijo Roberto, picado, al recibir una segunda palmada de Antonio.

—¿Se han fijado? —preguntó Antonio, escudándose de los puños como mosquitos de Roberto—. ¿Se han fijado en los engreídos que son estos tíos de América? No lo digo por ti, Henry —intercaló apresurado, los brazos volando en defensa propia, la cabeza de Helmtrud hundida en su falda—. Nosotros los españoles os enseñamos a comer, a rezar, os vestimos, os enseñamos a hablar. ¡Y como si eso fuera poco os robamos todo el oro que teníais, boquiabiertos! Todavía no asomáis las narices fuera de las chozas y venís a tratarnos de "pendejos". ¡Qué tupe que os gastáis!

—¡Psch. Psch! —se oyó decir por todas partes—. Las muchachas clamaron por un traductor. Antonio dio unas pataditas a Henry bajo la mesa.

Henry tradujo. Las muchachas rieron a carcajadas. Los ojos de Henry resplandecieron. Pero su modesto rol bilingüe pasó al olvido. Las muchachas celebraban a Antonio. Henry apretó las mandíbulas pensando en algo más que decir. Quizá traducir alguna otra salida de Antonio.

—Hola, hola, hola.

Era la voz adolescente, mezclada a la boquilla desafiente, de Gerardo. Traía el sombrero de gamuza echado al ojo, el cuello envuelto en una larguísima bufanda escocesa y el brazo alargado para estrechar una multitud de manos. Al ver a Henry se le atragantó la voz y sus ojillos saltaron alarmados a los de Antonio. Con un gesto dramático le indicó, ante la sorpresa general, que lo siguiera, y salió de la sala espesa de humo azul.

—¡Qué pasa! —exclamó Antonio, involuntariamente echando una mirada a Henry. Doblado sobre sí mismo, éste recogía algo del suelo. Nadie hablaba palabra y hubo gente que se volvió a mirar desde las mesas vecinas.

—Aquí no. Esto es delicado —dijo Gerardo en el pasillo.

—Ven al baño —respiraba con agitación—. Te he dicho que no te metas con ese Henry.

Cerraron la puerta. Gerardo miró la del excusado. Alguien detrás lo utilizaba ruidosamente.

—Qué pasa. Dí de una vez. Qué tanto tienes contra Henry —dijo Antonio impaciente, llevándose los dedos a las narices.

—¿Qué tanto? Ahora vas a ver —dijo Gerardo, con despecho—: Ahora vas a ver: acaban de ir unos detectives a la casa. Te andan buscando por lo del cheque de Henry.

Antonio tembló de cólera. Corrió hacia la sala. La silla de Henry estaba vacía y las conversaciones se habían reanudado.

—¿No te dije? —preguntó Gerardo encogiéndose de hombros a su espalda. Antonio lo miraba fijo y Gerardo sintió que no sabía hacia quién dirigir su cólera.

Yo lo único que te puedo decir —habló retirándose a prudente distancia— es que llegaron dos detectives a la casa no hace más de veinte minutos. Yo acababa de llegar de Neal's con el traje gris cruzado que me mande hacer y me lo estaba probando cuando llegaron. Me preguntaron a qué hora volvías y me estuvieron interrogando sobre esa vez que estuvimos en el cuarto de Henry.

—¿Y Henry sabía que iban a ir a buscarnos?

—¿Y quién crees que les dio nuestros nombres a la policía?

—Y el pobre diablo poco menos que se pone hablar de Aristófanes, y yo trato de...

—Como yo nunca he sido amigo de él, yo me abanico —dijo Gerardo, soplándose una pelusa de la solapa.

—Éste me las paga, éste no se me escapa, éste... —Antonio apretó los puños y salió disparado hacia la calle. Al hallarse solo, su cólera acreció. Echó a correr hacia el colegio de Henry, esquivando transeúntes indignados en la acera. Bajó a la calle, subió a la acera otra vez y dejando atrás la monumental portería de King's, la severa fachada de Corpus, la torre de la imprenta, corrió y corrió. Se metió al patio cercado por las ventanas de los estudiantes, atravesó el jardín, subió en el ascensor hasta el último piso y bajó a la carrera las escaleras hasta el de Henry. La puerta estaba sin llave y no había nadie dentro. Cuarto confortable. Se sentó en un sillón. Decidió esperar. Encendió un cigarrillo, cruzó las piernas y se

puso en pie. Alguien entró a preguntar por Henry. Quizá hasta qué grado lo implicarían si se armaba otro lío. Salió al pasillo, pero al notar que los estudiantes que entraban y salían de los cuartos observaban con suspicacia su agitación, llegó a creer que habían establecido un turno de vigilancia. Bajó al jardín y terminó el cigarrillo junto a la entrada de la torre. Le dio frío. Echó unos trotes a lo largo y a lo ancho del césped húmedo. Pasaron dos profesores, las largas capas negras bajo el brazo. Lo miraron extrañamente. Paró de trotar. Caminó hacia la portería. Salió a la calle. Gerardo estaría contando en el Whim que había salido a pegarle a Henry y no estaba de ánimo para satisfacer la curiosidad de nadie. Además, se le habían quitado los deseos de pegarle a Henry. Incluso a esos sudamericanos se les habría ocurrido prevenirlo si hubieran dado su nombre a la policía. Pero ni siquiera esos sudamericanos habrían ido tan lejos. Henry era demasiado inglés. Eso era todo. No había tenido la lealtad de dejar fuera del asunto a sus amigos. ¿Ley pareja no es dura? Pamplinas. Mariconadas. Pobre Henry. Había huido como alma que lleva el diablo. Enfiló hacia la casa del polaco. Al llegar encendió la estufa y empezó a quitarse la camisa. De pronto se quedó inmóvil. Quizá Henry lo había seguido para eso, para confesarse, para confesarle que había dado su nombre a la policía. Quizá había intentado prevenirlo. Pobre Henry. A punto estuvo de ganarse una pateadura. ¿Y para qué se quitaba la camisa? ¿No era acaso pleno día? La había dejado colgar cerca de la estufa y al ponérsela disfrutó del calorcillo en la espalda. Se restregó las manos y salió a la calle. Había que almorzar algo. Caminó con la desagradable sensación de hallarse solo y sin saber qué hacer durante el resto del día.

LA CASA EN ALGARROBO

Miguel el dramaturgo saltó la verja del jardín y sacando las llaves del bolsillo alcanzó la puerta de la casa. Consumido de impaciencia, había dejado atrás a Pedro el músico y a Rodolfo el filósofo, extraviados en la discusión laberíntica que iniciaran bajando del bus que los trajera a Algarrobo.

Como siempre en invierno, las persianas tapaban las ventanas y los candados cerraban las puertas del balneario desierto, apartado hacia el sur del pueblo de pescadores.

Pedro, el mayor de los tres amigos, los había hechizado al decir que Algarrobo en invierno no podía sino brindarles "la atmósfera conventual sin rigores monacales", necesaria para materializar el proyecto común a que obedecía esta venida a la costa por cuatro o cinco días. Miguel y Rodolfo no habían vacilado en faltar a clases en la Facultad de Filosofía, y Pedro había maniobrado para eximirse de asistir a su trabajo en una de las radios de Santiago.

Miguel abrió la puerta y entró al living. Su familia no venía a la casa desde el verano. Tiró su bolsón de lona sobre una mesa y salió al jardín. Pedro, encogido dentro de su impermeable sucio, y Rodolfo, con la cabeza como colgando fuera del cuello de su camisa blanca, se acercaban, todavía acalorados por su discusión. La colina

descendía hasta el mar cubierta por jardines verdes y construcciones blancas, aligeradas por la luz del sol poniente. Abajo se veía la caleta tranquila, encerrada entre una larga puntilla, una línea de arrecifes medio sumergidos y una isla en la embocadura.

Pedro había dicho a Miguel que, con su chaleco de cuello alto y su pelo rubio, le recordaba a un capitán escandinavo que nunca había visto. Y de un modo teatral destinado a irritar a Rodolfo, el menor de los tres, había agregado que el sentido del orden de un descendiente de nórdicos era vital para sacar adelante el "proyecto". Rodolfo había insistido, en el tono entre humorístico y grave aprendido de Pedro, en su propia ascendencia española, diciendo que mucho orden se necesitaría, pero que lo principal era la fuerza. "La fuerza desbocada con que los hidalgos hispanos arrasamos bosques y apaleamos indios por millares." Pedro le había repuesto socarronamente: "Tú ya no tienes esa fuerza, muchacho. Resígnate, has pasado a ser el telón de fondo. Ahora los que contamos somos Miguel y yo."

—Aquí estamos —dijo Miguel, recibéndolos con la serenidad que se había propuesto no perder, ocurriera lo que ocurriese, durante toda la estadía—. Aquí estamos, señores. —Los invitó a dejar las bolsas en la mesa, ayudó a Pedro a quitarse el impermeable, y tomando a Rodolfo de un brazo, propuso: —¿Qué tal si aireamos un poco la sala?

Las ventanas vibraron, crujieron los postigos, se derramó la luz por el interior y el murmullo del mar les llenó los oídos. Pedro examinaba la casa complacido y frotándose las manos.

Miguel puso una botella de gin sobre la mesa y salió a la terraza con una copa para Rodolfo, que se había

quedado mirando el horizonte. —¿Por qué no la cortan? —pidió. Cerró los ojos. El reguero de luz que el sol trazaba sobre el mar le bailó en los párpados. Esto es una tontería —agregó, apartándose. Rodolfo podía tener razón en su enojo, pero lo más importante era ceder ante Pedro. Al pie de la terraza había una buganvilia que empezaba a perder las flores. En una de las casas vacías faldeando la colina se abrió un postigo, como un párpado, y luego se cerró.

—¿Miguel? Nos espían —Pedro surgía como un duende y se le acercaba con los brazos arqueados. Miguel se preguntó si la piel enfermiza y estropeada de su cara no revelaba más de los treintaidós años que Pedro decía tener—. Nos espían desde esa casa.

Miguel apoyó la cadera en el marco del ventanal, riendo.

—¿Dónde está el piano?

—¿Ya quieres comenzar? —preguntó Miguel. Dejó la copa sobre un librero, indicando la escala, y miró complacido a Rodolfo.

—Una investigación preliminar y nada más —dijo Pedro, subiendo adelante.

La puerta del pequeño cuarto emitió un chirrido.

Pedro puso la copa descuidadamente en la cubierta del piano vertical, levantó la tapa, y resbaló los dedos por la madera lustrosa. —No es un Steinway, pero es un piano. —Suspendió las manos sobre el teclado y separó los dedos, doblando las coyunturas. Eran dedos delgadísimos y temblorosos, y el anular nadaba en la argolla de matrimonio. Era la primera vez que Miguel y Pedro se hallaban solos sin Rodolfo, y Miguel miró esos dedos con una sabida fascinación temerosa.

—¿Cuándo me entregas la segunda parte del libreto?

La primera está bien. Tienes buenas ideas operáticas, Miguel.

—No he escrito una letra —suspiró Miguel, buscando apoyo en la pared, viendo implicaciones irónicas en la palabra "operáticas". Era también la primera vez que Pedro se refería directamente al libreto—. ¿No quieres, de verdad, que abramos la ventana?

—Si quieres —rió Pedro.

Miguel se llevó las manos a la cara. —Mañana a la hora de almuerzo te entrego un borrador.

—Verdad que tú trabajas durante las mañanas. La luz de la mañana falsea lo que se ha descubierto en la oscuridad de la noche. —Rió silenciosamente y puso un cigarrillo en sus labios.— Si quieres iniciarte debes cambiar tus hábitos. —Se miró las palmas húmedas —Miguel reprimió un temblor de asco—, cerró los puños, los giró y los dedos cayeron al teclado. Tocó el vals *Sobre las Olas*.

Las cejas le brincaban, un mechón de pelo negro le azotaba la frente y su risa estremecía el aire encerrado del cuarto.

Miguel se deslizó hacia la puerta y bajó las escaleras. Escuchó a Pedro gritarle: —¡Eres mi genio protector, Miguel!

Rodolfo permanecía en la terraza y Miguel, tumbado en el sofá, deseó que no se le acercara, al menos mientras su respiración no se aquietase y no surgiera algún orden en sus ideas. Sin embargo, agradeció los pasos tranquilos de Rodolfo al llegar hasta él, con un dedo entre las páginas del *Juego de Abalorios*.

—¿Qué pasó arriba?

Se puso en pie. —No pongas esa cara, no pasó nada. —Luego de un silencio nervioso, continuó: —Salgamos un rato, viejo.

Rodolfo lo observó abrir torpemente la puerta del jardín. Descendieron hasta el mar, pasando junto a una plazuela con chirimoyos. Flotaba en el aire un débil aroma de lavandas. Se escuchó el motor de un bote trepidando mar adentro.

Rodolfo repitió su pregunta. Dejaron el pavimento y fueron al murillo de concreto que corría junto a la playa.

—Tu presencia es absolutamente imprescindible para que esto resulte —dijo Miguel.

Rodolfo pareció complacido. Movi6 los pies, raspando las piedrecillas en el suelo.

—Sin ti —agregó Miguel—, ni Pedro podría acercarse a mí ni yo podría acercarme a Pedro.

Rodolfo alzó las manos riendo. —Con Pedro siempre hay que ser tres —dijo.

Había conocido a Pedro después de escuchar una de sus obras, un curioso trío para saxofones que finalizaba abruptamente. La extraña vida del músico había concluido de cautivarlo y Pedro, a su vez, se solazaba en la devoción de Rodolfo. Cuando más tarde, a través suyo, Pedro conoció a Miguel, la relación que estableció con éste fue igualmente halagüeña para sí, sólo que algo tensa y más superficial: con sus dos obras en un acto, que causaron cierto revuelo en la facultad, Miguel se juzgaba un dramaturgo promisorio, y Pedro lo atraía más que nada como personaje.

—Nunca, antes de que aparecieras tú —proseguía Rodolfo—, alcanzó a formarse, como ahora, un trío. Pero siempre hubo terceros. Lozano, por supuesto, fue uno. Claro que al hacerse amante de la mujer de Pedro la anduvo embarrando. Pero quizá fue mejor, Lozano era un caso penoso.

Rodolfo a menudo hablaba de Lozano. Pedro, muy

de tanto en tanto. Estudiante por un tiempo de Bellas Artes, Lozano se había hecho crítico musical, dando con un empleo en la radio donde trabajaba Pedro. Después de lo de su mujer Pedro "lo había perdonado", a condición de que desapareciera del mapa. Al cabo de poco, Pedro mismo lo hizo reaparecer y en medio de mucho secreto lo continuaba viendo.

Ambos callaron. El breve oleaje golpeaba nítidamente en la playa y el viento trajo un estallido de grandes olas lejanas. Miguel miró las casas en sombra.

—¿Cómo crees que saldrá todo esto?

—No sé cuánto avance la ópera misma —contestó Miguel—, pero confío por lo menos en que Pedro *entre* en ella en estos pocos días.

—Pero podríamos avanzar algo más que eso...

Miguel le palmeó la rodilla. —Esperemos lo mejor —dijo—, y vamos al pueblo a buscar un poco de comida y de vino. Me bajó hambre.

Los chirimoyos eran una espesura negra cuando regresaron con las provisiones.

—¿Oyes a Pedro? —preguntó Miguel. Rodolfo negó con la cabeza.— Yo tampoco lo oigo.

Prefirieron no subir al cuarto del piano.

Por la pequeña ventana sobre el lavaplatos Miguel vio las casas vecinas contra el cielo estrellado. Puso arroz a freír y encendió un cigarrillo. Trasladó el arroz a una olla, le agregó agua y redujo el fuego. Se sentó en el suelo a fumar. Luego de un momento se asomó a la sala: había dejado a Rodolfo leyendo el *Juego de Abalorios*, pero Rodolfo ya no estaba allí. Anduvo hasta el pie de la escalera y aguzó el oído: escuchó venir de voces desde el cuarto de arriba. Sintió deseos de subir pero se contuvo, regresando a la cocina.

Durante y después de la comida Miguel y Pedro conversaron crispados por un recelo mutuo. Rodolfo pareció evitar la posibilidad de hallarse a solas con Miguel. Se acostaron temprano y, mientras se desvestía, Miguel recordó aquella mañana a comienzos del año anterior en que Rodolfo se le acercara en los jardines de la facultad diciendo conocerlo de nombre y agregando que había visto su obra en un acto y la había hallado "magnífica". Se habían hecho pronto amigos, tomándose con devota seriedad.

Durmió mal, y el sol entraba a raudales al cuarto cuando despertó cerca del mediodía. Fumó un cigarrillo en cama, escuchando a Pedro en el piano, y desistió de escribir durante ese día. Que Pedro continuara trabajando sobre la idea general y sobre el primer acto, como parecía estarlo haciendo.

Se reunieron por media hora para almorzar y Pedro volvió a encerrarse sin haber aludido al material que faltaba. Rodolfo aprovechó para contar a Miguel que habían hablado del libreto la noche anterior —"inspirador de una manera exacta" según Pedro— y quiso hacerle ver que, en su opinión, todo marchaba bien, sólo que debían evitar que Pedro los encontrara juntos porque recelaba algo. Miguel anotó algunas ideas, que se le escaparon tan pronto como las puso en el papel, y se entretuvo imaginando sus reacciones si descubriera que Rodolfo lo engañaba. Eso era imposible. Pensó escribir un poema sobre su inocencia perdida. Observó no obstante al más joven del grupo en el *Juego de Abalorios* y se dijo que tan posible era que *estuviese* ensimismado como que lo fingiese: quizá prefería desentenderse de la intangible amenaza en la atmósfera o quizás no lo afectaba del mismo modo que a Pedro y a él. Cuando antes de

cocinar salió a dar una caminata, Pedro todavía no bajaba.

Ese verano se habían reunido con frecuencia en *El Bosco*, punto de partida de largas expediciones nocturnas a través de Santiago. Arrastrados por Pedro, subían el Santa Lucía y fumaban durante horas contemplando las luces de la ciudad y escuchando apagarse el fragor del día; se adentraban hacia la Avenida Matta a lo largo de las monótonas calles de casas bajas; recorrían los bares de la Estación Mapocho en el vecindario del mercado, cubierto de papeles malolientes; descendían por la Alameda, llena de pesadumbre y de fantasmas, hasta la bulliciosa Estación Central, y Pedro detenía a las prostitutas en el camino y las interrogaba de un modo gentil y frío sobre la marcha de los negocios (Rodolfo se echaba a reír, y a menudo se retiraban perseguidos por un corro de mujeres enardecidas). Con un pie en el canto de la acera y las manos en los bolsillos y la corbata suelta, se confundían a los demás trasnochadores en la esquina de Huérfanos y Ahumada y hablaban a voz en cuello, invadidos por una plenitud que les desataba absurdos deseos de llorar. Pedro solía después dejarse llevar a la radio en cuyos estudios había un piano. Se metían llenos de la esperanza de oírlo tocar y con frecuencia se iban sin que Pedro lo hubiera hecho por más de unos minutos.

Cierta vez fueron a la calle Dieciocho, dejaron atrás el viejo y cuarteado edificio de la Escuela Militar y se internaron en la elipse del Parque Cousiño, oscura y vacía. Rodolfo trepó las tribunas y formando una copa con las manos ante el pecho, dirigió una arenga patriótica al cielo estrellado. Miguel, con severa compostura, siempre algo aparte, ofició de acólito, y Pedro se tendió boca abajo en las bancas. De pronto Pedro saltó en pie. Y

aplaudió con fervor, brincando como un payaso. Rodolfo y Miguel se miraron asombrados, y lo vieron alcanzar la fila superior de bancas, lanzar arriba los brazos con las manos empuñadas y emitir un penetrante alarido. Y sin darse cuenta cómo, se hallaron siguiéndolo desenfadadamente por las tribunas, las bancas volando bajo los pies, cautivados en la sensación extática de que si caían y se quebraban, darían con la expresión física de algo que ya les había ocurrido adentro. Entonces los detuvo un ruido en el extremo opuesto de las tribunas. Las respiraciones acezando, se mantuvieron inmóviles. Los cogió el foco de una linterna y, saltando fuera de las tribunas, huyeron hacia los árboles, con la atemorizada y áspera voz de los carabineros amenazando disparar si no se detenían. Se hundieron en las hierbas y a gatas primero y en pie después se deslizaron hasta Rondizzoni. Lograron escabullirse del brazo de la ley, y al coger un taxi para regresar al *Bosco*, lo hicieron con indolente respetabilidad.

Bebieron un café. Pero no habían salido del trance, había que hacer algo de mayor audacia, y caminaron hacia el pórtico de San Francisco. Se produjo un corto cambio de palabras respecto a cuál era el edificio más alto de esa parte de la Alameda, y se inclinaron finalmente por el contiguo a la Casa Central de la Universidad. Se detuvieron ante el portal, saludaron respetuosamente al portero que dormitaba en una silla de paja y subieron riendo hasta el último piso. Husmearon dentro de una pieza donde zumbaban las máquinas del ascensor, y salieron a la azotea. Resolvieron que el edificio no era lo suficientemente alto. Subieron a cuatro edificios más. En la azotea del quinto, Pedro dijo, "Hemos estado en otros más altos. ¡Pero no importa!" Los avisos de neón

en el muro, funcionando con persistencia cansina, les tiñeron el rostro de colores lívidos. Abajo pasaban trolebuses vacíos y transeúntes escasos. Pedro se sentó en el parapeto y girando sobre sí dejó colgar las piernas hacia fuera; asió el mohoso riel de metal que corría sobre el parapeto y le pasaba bajo los muslos; taconeó contra el muro, una risa congelada en el rostro verde: había tirado un cigarrillo a medio fumar que caía lentamente a la calle despidiendo chispas. Miguel sintió el hombro de Rodolfo contra el suyo y vio su mano alargarse hacia Pedro. Pero la mano no osó tocar a Pedro. Entonces Rodolfo se abalanzó hacia adelante: Pedro había cambiado casi sin ruido de posición, y se descolgaba hacia la calle, diez pisos más abajo, asido por las manos a la barra de metal del parapeto. "Déjame, imbécil", espetó Pedro encolerizado al sentir las manos de Rodolfo en las suyas. Sobre su propia respiración violenta, Miguel oyó la de Rodolfo quebrarse en sollozos y oyó el jadeo de Pedro, cuyo cuerpo bañado en luz azul se mecía de lado a lado, aplastado contra el muro. Pedro torció la vista hacia la calle, el cuello tenso y el mentón desencajado, y cerró los ojos. El sudor le corría a chorros por las piernas, pero Miguel se asombró de la firmeza con que creía que Pedro *no* se dejaría caer. Cogió a Rodolfo por los hombros y le golpeó las mejillas y lo sacudió con fuerza. Las manos de Pedro reptaban por el riel de metal, como cortadas a la altura de las muñecas. Las miró con fascinación, la derecha avanzando a trechos breves y la izquierda siguiéndola con agilidad. La luz cogió la argolla y la mano pareció abrirse. Volvió al parapeto, seguido por Rodolfo. Pedro alzó el rostro, mojado en sudor y un cinismo implorante. "¿Te subimos?" preguntó, Miguel. "Súbame." Se inclinaron por sobre el parapeto, le cogieron

los brazos y tiraron con toda el alma. Una vez que tuvo los codos apoyados en el borde, Pedro subió las piernas. Lo observaban con terror: su cuerpo exhalaba un frío helado, y tiritaba. Le ofrecieron un cigarrillo encendido.

Había sido demasiado. Propusieron irse a la casa de Rodolfo, cuyos padres veraneaban en el campo, y tratar de dormir algunas horas.

Pedro, a todas luces recuperado y satisfecho de la experiencia, pidió ocupar la cama doble de los padres ausentes. Rodolfo cedió a Miguel su dormitorio y se fue al sofá del living. Pedro fue el primero en hablar a la mañana siguiente. "Me impresionó tu sangre fría", dijo a Miguel, partiendo un trozo de pan en la cocina. "Fuiste la salvación de ambos" opinó Rodolfo, que servía tazas de café. Miguel se las dio de modesto. "Me impresionó a mí mismo", dijo. "En cambio tú, Rodolfo", prosiguió Pedro, "perdiste completamente el control. Si hubiéramos estado solos tu histeria me habría hecho caer". "Mi calma fue en parte una reacción a la reacción de Rodolfo" interrumpió Miguel; "igualmente se habría producido una catástrofe si él no hubiera estado". "Eso no es verdad" afirmó Pedro, con cierta irritación, "habrías estado igual de imperturbable con o sin Rodolfo". Miguel recordaba exactamente que su calma *no* había sido en su origen una respuesta a Rodolfo. "Vamos al grano", cortó. "¿Quieres decirnos por qué hiciste esa estupidez?" "No fue una estupidez", sonrió Pedro, "son actos límites que causan efectos límites". "Pudo haber causado tu muerte" observó Rodolfo. "Pero causará mi vida." "Me va a tomar años poder recuperarme" continuó Rodolfo. "A Miguel, en cambio, únicamente tres días de buen sueño", concluyó Pedro. Miguel estiró las piernas con desagrado. "Quizá pro-

duzca menos efecto en ti que en ninguno de nosotros dos." Pedro lo miró con fijeza.

Siguieron viéndose durante el resto del verano, pero a la proximidad y al juego de los primeros días había sucedido un receloso, permanente acecho entre Miguel y Pedro, y sus conversaciones se plagaban de evasivas, sus silencios, de miradas huidizas. Llegaron a pensar que lo único que los mantenía juntos era el hábito. Hasta que una noche Rodolfo rompió lo que resultó haber sido un compás de espera al decir en *El Bosco* que era necesario materializar las "ansias y sustancias espirituales" desperdigadas en el aire, y que en el darse el uno al otro en las circunstancias presentes se les ofrecía la mejor oportunidad de crecer como hombres y como artistas. Pedro y Miguel se sonrieron con procaz ironía, pidiendo inmediatamente que se les propusiera el medio de hacerlo. "Una ópera", exclamó Rodolfo con entusiasmo, "es lo obvio, el fruto está que se cae de maduro". Aprobaron ruidosamente y esa noche fueron al Parque Forestal, recuperado el espíritu de los primeros días, e interrogaron a cuatro parejas de enamorados acerca de la manera más expedita de cruzar el Mapocho, el inofensivo río de Santiago, sin peligro de sus vidas.

El mar resonaba dentro de la sala abierta a la terraza. Pedro y Rodolfo no estaban por ninguna parte. Miguel los llamó a voces y al buscar en sus cuartos los encontró dormidos. Luego de haberlos despertado se fue a cocinar.

—Creo —dijo Pedro, sentándose a la mesa— que la naturaleza de lo que tú has escrito va a demandar un juego de opuestos a la manera de Alban Berg. Tenemos que producir algo desesperadamente cómico.

—Piensa utilizar música religiosa y música sincopada ridiculizando el tono del texto —explicó Rodolfo.

—Desesperadamente cómico —repitió Pedro, echando la cabeza atrás.

Miguel pensó en su libreto: el personaje central era un dictador que jugaba con vidas humanas y con el orden social. Rechazaba la armonía como una concesión humillante a las circunstancias y luchaba por imponer sus propias normas a la historia.

Miguel apuró su vaso de vino.

—Lo cómico está flotando en todo esto, y haces bien en sacarlo a luz. Pero veamos *a qué* le das un acento cómico. De eso depende la acentuación general. Y tengo algunas nuevas ideas.

—Bravo —dijo Pedro, sin mucha convicción—. Nos vamos entendiendo.

—Cada vez mejor.

—Estas nuevas ideas... ¿corresponden a las que yo tengo en mi cabeza?

—Las ideas en tu cabeza son el riel de mis ideas.

Rodolfo, inquieto por la velada agresividad del diálogo, se puso de pronto en pie, llenó los vasos, y ofreció un brindis "por la ópera". La tensión recayó parcialmente sobre él. Quedó más tranquilo.

Luego de comer, Miguel se fue a su cuarto. Varias veces lo despertaron acordes burlones en el piano. El sonido sereno del mar le devolvía el sueño pero cuando amaneció el día, su mente rebosaba de horribles imágenes plásticas: ciudades incendiadas, uniformes blancos, multitudes hambrientas, haces de luz verde, azul y roja cruzando un paisaje urbano que era siempre el mismo, y la escueta sombra de un cuerpo, la cabeza rota y un parche en el ojo, colgando de un muro.

Trabajó todo el día con ahinco, y también la mañana siguiente. Rodolfo bajó después de la una y salió a la terraza. Miguel fue a reunírsele. El viento batía levemente el ramaje de los árboles, la superficie del mar permanecía quieta.

Entraron a la sala. Rodolfo se acercó a Miguel.

—Pedro dice que advierte demasiadas tensiones entre nosotros. Cree que tú lo engañas, no sabe en qué plano estoy yo, y sugiere la necesidad de "otra presencia".

—Estoy terminando un borrador del segundo acto —habló Miguel con irritación— y si lo he podido hacer tan rápido ha sido justamente por estas tensiones de que hablas. Pedro cree que lo engaño, pero, además de otras cosas, la urgencia de mostrarle que *no* lo engaño me ha ayudado a trabajar. Pero él también sabe que yo temo que *él* me engañe a mí, e ignoro qué efecto le produce saberlo. ¿Es para suavizar ese efecto que quiere "otra presencia"? ¿O es que va estallar antes que nosotros, o es que prepara una nueva jugada? A todo esto, no lo he visto durante la mañana.

—Hay que hacer un esfuerzo por ver las cosas desde *su* ángulo —dijo Rodolfo.

Miguel opinó que bastaba con verlas desde el suyo propio. —Pedro siempre ha sabido de qué se trata el libreto —prosiguió, acicateado por la impaciencia—. Desde el momento en que aceptamos tu idea no puede haberle cabido sombra de duda de que él mismo sería el tema de la ópera. Con todo lo que habla de juegos formales es incapaz de poner dos notas sobre el papel si no son para la expresión directa de su mundo personal. Habla de juegos porque es un jugador, eso es todo. Y sabe que nada de esto se me escapa —agregó con cierta arrogancia—. También sabe que estoy fascinado con él como

personaje y que si me metí en esto fue únicamente para escribir sobre él. Que no venga con historias. ¡Que lo engañó...! ¡Si supiera lo que he sufrido buscando la manera auténtica de expresarlo!

—Exacto. —Las facciones de Rodolfo se iluminaron.— Exacto —continuaba Rodolfo—. Lo sabe de sobra. Pero si tú has tenido el problema de buscar la manera de expresarlo, él ha tenido el problema de la duda respecto a lo que vayas a encontrar. Pedro necesita extraer de todo esto una experiencia que lo libere.

Las nubes se habían movido y la superficie del mar relumbraba un color de plata. Miguel se rascó la frente, el largo pelo rubio cubriéndole los dedos. Lo malo con Rodolfo era que creía demasiado en Pedro.

—Y Pedro no cree que yo sea capaz de interpretarlo, ¿eso es lo que quieres decir?

Rodolfo asintió, bajando la vista.

—Estoy haciendo un esfuerzo supremo. En el comprender a Pedro me estoy jugando entero —dijo Miguel, con dramatismo—. ¿Te das cuenta de eso?

Las manos de Rodolfo gesticularon vagamente. —Eso no es verdad —dijo.

—¿Cómo? —Un destello de fiera apareció en la mirada de Miguel.

—Te estás jugando todo lo que eres capaz de jugar. Pero no más.

—Sigue.

Rodolfo habló con calma. —Tu necesidad de armonía te impide jugar a extremos. Si estuvieras de verdad resuelto a romper esa armonía, no me necesitarías a mí de por medio. No niego que a veces hayas querido arriesgarte e ir más adentro y me hayas sentido como un estorbo. —Miguel hizo memoria: lo defraudó no hallar nada

que confirmase las palabras de Rodolfo. —Pero me has vuelto a necesitar muy luego —prosiguió éste—. El mundo de Pedro te maravilla pero te aterra, y te aterra más de lo que te maravilla, porque no ha barrido con tu cautela. Para conocer a Pedro tendrías que enajenarte.

—Conozco mis límites —dijo Miguel, arrogante otra vez—. Y si voy a sobrevivir *tengo* que atenerme a ellos. Y tú, ¿qué haces con toda tu sabiduría, me quieres decir?

—Yo soy lo que soy —dijo Rodolfo, involuntariamente solemne—. Un puente con pilares en los dos mundos y quebrado en el centro. No quiero terminar como Pedro ¿me entiendes?, no quiero ser un miserable con una mujer y tres hijos viviendo de la caridad de los parientes, ni quiero terminar con cantidades de novelas o partituras o qué sé yo qué abandonadas a medio hacer. No me atrevo a seguir ese camino. Aunque los genios que admiro lo han abandonado todo por su obra... Es que en el fondo yo no sé si tengo alguna obra que entregar. Si Pedro va a llegar a alguna parte o no, tampoco lo sé... Pero ahí está, tratando...

"No está tratando", quiso decir Miguel. Pero salió a la terraza. Por primera vez desde que lo de la ópera comenzara, sus dudas se centraban sobre sí mismo y su libreto. Lo que Rodolfo había dicho le dolía y lo confundía. Rodolfo incluso creía que había ido *más lejos* de lo que realmente había ido en su acercamiento a Pedro.

Rodolfo hablaba a su espalda, en voz muy baja. —Dije que era un puente —decía—, y uno de mis pilares está en *tu* mundo. Tu camino también me atrae. Tú arriesgas menos, tus riesgos son calculados. Lo que hagas será muy distinto de lo que haga Pedro. Pero quizá igualmente válido.

Miguel giró el cuerpo, irritado por esto que le parecía

un consuelo bien intencionado. Rodolfo lo miraba con una expresión pensativa en los ojos. Entonces surgió la silueta de Pedro, reflejada en los cristales del ventanal. Estaba inmóvil en el vano de la puerta de entrada, y el viento le desordenaba el pelo negro. Sonreía.

—¿Interrumpo?

Rodolfo y Miguel lo miraron sobresaltados.

—Urgentes negocios morales me sacaron de la casa a la salida del sol, y les pido que me disculpen por llegar a esta hora. ¿Han almorzado ya? ¿No? Tanto mejor, el aire de costa me ha abierto el apetito. ¿Puedo servirme un trago, Miguel? Creo que me hará bien. ¿Rodolfo? ¿Miguel?

—Llegaste nervioso —dijo Rodolfo.

Pedro sonreía todavía. Miguel dejó de pasearse. —Andaba —dijo Pedro— tras la satisfacción de necesidades espirituales de primera importancia. Dado que nos hallamos concentrados en este retiro para producir una obra maestra, debemos acceder a todo lo que parezca como necesario para alcanzar ese fin.

Miguel dio unos pasos vacilantes. Rodolfo dijo: —De acuerdo. —E interpretando los pensamientos de Miguel prosiguió: —Pero somos tres los que participamos y hay que evitar que lo necesario para uno redunde en impedimento para los otros.

—No pretendas ignorar que hay también una jerarquía —Pedro se pasó la yema del pulgar por las cejas— dictada por la forma de expresión que hemos escogido.

Miguel se le había parado al frente. —En palabras más claras —dijo—, vas a que el acercamiento entre nosotros se produjo, el libreto va saliendo, y la música se ha atasgado. Es decir, las necesidades que priman son las tuyas.

—Me resulta ingrato conversar en este tono, Miguel.

—Bebió un sorbo de gin.— Particularmente, después de los muchos momentos agradables que hemos compartido.

—¿Cuáles son las "necesidades morales" que nos vas a imponer?

—No puedo dejar de contestarte. Eres el dueño de casa y comprendo que tu irritación se debe a que no te consideras informado...

—No seas animal.

—Las necesidades morales son *una* necesidad: la de otra presencia.

—Y has estado toda la mañana tratando de llamar por teléfono a Santiago... —Rodolfo lo observaba asombrado.— Para hablar con...

—Con Lozano. Exactamente.

La mirada de Miguel saltó al rostro de Rodolfo, teñida de suspicacia.

—Pero, por qué Lozano, Pedro... ¡Si Lozano es un imbécil!

Pedro rió con sarcasmo. —Lozano —dijo— es mucho más de lo que tú crees, Rodolfo. Lozano, entre paréntesis, Miguel: llega esta misma tarde; prometió salir de Santiago acabando de almorzar y ya debe venir en viaje. Para que lo sepas, Rodolfo, Lozano trae un cuarteto para cuerdas que acaba de componer. Espero una revelación.

Un hormigueo ansioso recorría el cuerpo de Miguel.

—Tú conoces a este Lozano, Rodolfo. ¿Qué es Lozano?

Rodolfo le puso las manos en los hombros. Miguel se desasíó. Rodolfo hizo un gesto de resignación. —¡Ojalá yo lo supiera!

Pedro llegó junto a ellos. —Desde un tiempo a esta parte Lozano se ha hecho músico —explicó. Rodolfo no le quitaba los ojos de encima—. Lo he formado yo. Es mi

discípulo único y predilecto, el solo ser en este mundo que puede sacarme del presente *impasse* y llevarme, mediante su propio sacrificio si es necesario, a la conclusión de esta ópera.

—¿Y tú sabías que Lozano iba a venir? ¿Me has estado engañando todo el tiempo?

Rodolfo sacudió la cabeza.

—No sabía —habló Pedro—. No temas una conspiración. Fue uno de esos presentimientos de Rodolfo. Presintió mi necesidad de tener a Lozano conmigo. Y lo mira en menos y lo desprecia. No sabe el impacto que Lozano es capaz de producir en el curso de las cosas.

Había todavía más asombro en el rostro de Rodolfo. Miguel sintió deseos de reír, sin explicarse que la razón de sus celos y su desconcierto hubieran desaparecido.

—Había un fermento subterráneo en Lozano —prosiguió Pedro—, atormentado y vigoroso, potencialmente destructor, que yo encaucé hacia la creación musical.

Miguel salió del living y al regresar observó, divertido, los esfuerzos de Rodolfo por descubrir más acerca del transformado Lozano. Pasaron el resto del día esperando a Lozano, que no llegó hasta la mañana siguiente.

Dobló la esquina de la plazuela con un maletín negro bajo el brazo. Desde su ventana, Miguel lo observó llegar hasta la casa, desgarrado y pálido, con ojos distraídos y manos repelentes. Rodolfo lo saludó con cortedad cuando acudió en pijama a los golpes indecisos en la aldaba, y le indicó la pieza de Pedro, que aún dormía. Luego entró al cuarto de Miguel. Venía demudado y se restregó los ojos durante largo rato.

—¿Y ahora qué? —preguntó Miguel.

Las risas de Pedro y Lozano descendiendo la escalera sofocaron la respuesta de Rodolfo.

—Encantado —dijo Lozano, al estrechar la diestra de Miguel. Luego miró en torno al cuarto, buscando una silla.

—Es bonito este balneario —agregó—. No lo conocía. Miguel hizo un esfuerzo por quitar la vista de sus manos, blandas y lacias como guantes vacíos. Sintió piedad por Lozano, y se preguntó cómo sería la mujer de Pedro y qué podría haberla llevado a enredarse con él.

—He estado en otros balnearios por aquí cerca —proseguía el recién llegado—. Cuando niño venía a ver a unos parientes.

Miguel y Rodolfo se miraron y miraron a Pedro, que de pie y envuelto en una bata pequeñísima que encontrara en el baño, parecía dormitar.

—Lozano ha traído su cuarteto y hoy lo estudiaremos. Esta noche les tocaré algo en el piano, para darles una idea, pero tendremos que pasar el día encerrados arriba. Si ustedes nos perdonan, ¿vamos Lozano?

Cuando salieron, Rodolfo se echó a reír. —Pedro —dijo luego— es gran admirador de Schoenberg. Y lo que más le gusta de Schoenberg es que encuentra que actuaba como un imbécil en su vida personal. Esa pasión por el ping-pong, tú sabes. . .

Miguel se cogió la cabeza entre las manos. —Este tipo no es un imbécil —dijo—. No *puede* ser un imbécil. Parece *demasiado* imbécil.

Por un tácito acuerdo no exploraron en sus sensaciones ni discutieron al recién llegado. Pero la inquietud de Rodolfo fue visible para Miguel: abrigaba temores respecto al desenlace de esta visita, no comprendía las intenciones de Pedro, la ópera había pasado a ser otra cosa; algo cuya extrañeza era patente y cuyo significado se les escapaba a ambos. Miguel, sin embargo, otra vez debido

en parte, aunque no del todo, a los temores de Rodolfo, mantenía más calma.

Sobre las doce hallaron a Pedro preparando unos sándwiches en la cocina. Se movía con nerviosa rapidez, mostrándose ingenioso y excitado como en sus mejores días.

—Es que este cuarteto —explicó— es una maravilla. Ya lo oirán ustedes. Me enardece y me pone furibundo que mi discípulo me haya superado ya en su primera obra, pero mi satisfacción de maestro sobrepasa todo otro sentimiento. Lozano es *mi* creación.

Se sintieron como fieras enjauladas durante el resto de la tarde. Cada acorde en el piano los hacía deslizarse en puntillas hasta el pie de la escalera y escuchar conteniendo la respiración, deseando descubrir qué era lo que Pedro preparaba.

A la hora del crepúsculo, Pedro y Lozano bajaron del brazo a la sala. El rostro distraído de Lozano había cobrado una movilidad extraña y cambiaba por segundos, mostrando repliegues inesperados.

Pedro lo vigilaba con admiración. —Estoy exhausto —suspiró—. ¡Qué tipo! Yo les dije esta mañana que esperaba una revelación. ¡Pero les juro que nunca esperé tanto! He vivido una experiencia definitiva. Lozano me ha abierto caminos insospechados para explorar en mis propias obras. Te debo mis próximos años de vida, Lozano.

Miguel llenó las copas de gin y, de reojo, vio a Lozano sonreír con honda placidez, que fue poco a poco transformándose en una gratitud patética. Cruzó por su mente la idea de que Lozano había sido amante de la mujer por amor a Pedro. Apuró su copa y escuchó a Rodolfo preguntar con tacto:

—¿Es la primera vez que compones algo? No sabía que nunca lo hubieras hecho.

Pedro atendía sonriendo.

—Un cuarteto, sí —respondió Lozano lleno de confianza—. Antes había escrito unas piezas para piano y otras para cello. Todo eso después que dejé de verte. Una vez comencé una sinfonía, pero nunca pasé del primer movimiento. Pedro pensaba que había nacido muerta. A todo esto, creo que ustedes trabajan en una ópera. ¿Cómo va eso?

Miguel quiso decir, "muriendo". Fue Pedro quien respondió:

—Iba mal, aunque había comenzado bien. Pero tú le has inyectado nueva vida.

—Cuenta más —prosiguió Rodolfo, y Miguel lo vio incierto de lo que estaba haciendo— sobre tu cuarteto. ¿Cuánto tardaste en hacerlo, qué te inspiró? ¿Tuviste muchos problemas técnicos?

Las facciones de Lozano adoptaron una nueva expresión, la del hombre convencido de que se volvía hacia un abundante mundo personal para extraer cuidadosamente dos o tres trozos selectos y ofrecerlos a su audiencia.

Pedro sirvió más gin y le dio una palmada en la rodilla.

Lozano explicó, en palabras apasionadas, que la primera idea se la había dado una sonata inconclusa de Pedro, que había trabajado solamente quince días (casi sin dormir), y que el segundo movimiento le había presentado problemas técnicos serios, tanto así que pese a la ferviente aprobación de Pedro se preguntaba si no había hecho trampa.

Retirado cerca de la chimenea, Pedro surgió de la penumbra —como un duende, recordó Miguel—, y habló en voz estrepitosa. —No digas tonterías, Lozano. Aquí el que sabe soy yo: tú no has hecho trampa.

Rodolfo tenía un brillo de ebriedad en los ojos y Miguel comprendió que él mismo se hallaba mareado. Lozano parecía el único sobrio de los cuatro.

Pedro se sentó con cierta pesadez en la mesa y bebió más gin. Alzó las cejas y abrió la boca, susurrando algo inaudible. Miguel hizo un cuenco con la mano en torno a la oreja y acercó la cabeza.

—Hay que celebrar —vociferó Pedro, retándolo con la mirada—. Choca esa copa, Lozano.

Abrieron una nueva botella de gin y cayeron como aves de rapiña sobre Lozano, resueltos a emborracharlo. La calma de Miguel se había convertido en desasosiego. Llevó a Rodolfo a una esquina y abrazado a él le dijo: —Es mejor, es mejor que lo pongamos como cuba, que el golpe se le hunda y le llegue ablandado al fondo.

—Ahh, sí... —asintió Rodolfo, prendido a su cuello—. Ah, sí, el mazazo gigantesco que nos caerá de lo alto y romperá un hoyo en este sitio del tamaño de la tierra. La-i-ra de los dioses celestiales. ¿Qué golpe? ¿Dónde quieres que se hunda? ¿Va a llegar blando al fondo, dices?

—No conspires —dijo Pedro, que venía tirando a Lozano por la corbata—. Aquí no conspira nadie, excepto yo, el dictador que impone la norma de sus caprichos y sus angustias sobre las poblaciones del mundo.

Miguel intentó reír.

—Ahora al piano —exclamó Pedro.

—No —dilató Miguel—, primero a la terraza a contemplar la noche.

Pedro los retuvo bajo el marco de la puerta, balanceándose, un dedo alzado en gesto de advertencia. Pero luego cambió de idea y fue el primero en salir afuera. El oleaje avanzaba y se retiraba abajo en la playa, echando al viento su ruido tranquilo.

—¿No hay nadie más en Algarrobo? ¡No hay nadie más en todo Algarrobo! —Rodolfo cogió el brazo de Miguel—. El mar no se deja ver ni me contesta, amigo mío. Estamos solos y ciegos.

—Ahora al piano —repitió Pedro. Y esta vez Miguel no los pudo contener.

Pedro entró el primero a la pieza, espesa de olor a humo, a sudor y a colillas amargas. Lozano entró a continuación. Miguel y Rodolfo avanzaron con torpeza. Pedro estaba de pie ante el piano y tenía en las manos la partitura de Lozano. A través de la niebla del licor, Miguel le vio tiritar la mejilla, vio su mentón apretado y las gotas de sudor hinchando su frente. Supo que Pedro esta vez no se detendría, dejó escapar un sollozo y se abalanzó sobre él. Pero Pedro había sido más rápido. Había razgado la partitura en dos y, arrinconado contra el muro, la partía en cuatro, en seis, en innumerables tiras de papel garabateado. Lozano miraba con ojos desmesuradamente abiertos y Pedro, batido por los golpes de Miguel, decía en voz sorda: —Era una mierda, una mierda barata y ordinaria, una porquería inerte, un asco tu cuarteto, Lozano.

Rodolfo observaba paralizado, y Lozano empezó a restregarse los ojos como un niño despertando de un largo sueño.

—Siempre he sabido —dijo, como si entonara una letanía— que de músico no tengo nada. Fue bonito, Pedro, que me hubieras hecho creer que había llegado a alguna parte. ¿Pero por qué me quieres destrozar así? Yo hice feliz a tu mujer y era feliz admirándote a ti. ¿Por qué hiciste esto? Me duele verte enloquecido.

Rodolfo tenía a Miguel sujeto por la cintura y Pedro, protegiéndose la cara con los brazos, se incorporaba pe-

gado a la pared. Le manaba sangre de la ceja y del labio cuando se descubrió.

—No necesito preguntarte —dijo a Miguel, con rencor—, si estás horrorizado de mí. Me golpeaste en un iluso intento de matar tu miedo, y lo tienes más vivo que nunca. Tu libreto era malo, Miguel. Lleno de trivialidad. Mientras no me pierdas el miedo no podrás nunca comprenderme. La experiencia ni siquiera te ha tocado, estás firme y ciego como siempre.

Rodolfo soltó a Miguel y se adelantó hacia Pedro. —Díme —urgió—. ¿Te sientes liberado? ¿Vas a poder ahora escribir tu obra? Contéstame Pedro, necesito saberlo, para mí. ¿Vas a poder?

Pedro salió del cuarto desdeñando responder.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Miguel comprobó que Pedro y su equipaje habían desaparecido. Lozano tampoco estaba, pero a Lozano lo había escuchado salir al alba, arrastrando los pies. Rodolfo dormía en su cuarto, con una expresión adolorida en el rostro.

INDICE

Don Patricio	9
Carvallo Troncoso	37
Becados	43
Cambridge en diciembre	53
La casa en Algarrobo	87

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA
TREINTA DE OCTUBRE DEL AÑO MIL
NOVECIENTOS SESENTA Y OCHO EN
LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA COM-
PAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA S. A.,
CALLE ALSINA 2049 - BUENOS AIRES.